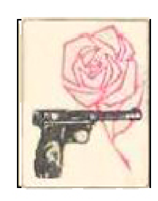


Brigitte EN ACCION

Lou Carrigan

Adiós Cadáver

Una de las actividades que más odia Brigitte en la vida es el terrorismo. Lo odia incluso más que a la guerra, que ya es decir, Pero la guerra, con ser una actividad absolutamente inhumana, tiene unos protagonistas obligados que no merecen repulsa, sino compasión: los soldados. Sí, los soldados están dispuestos a matar (porque así se les ha ordenado), pero también están dispuestos a morir. Y ciertamente, no piensan así los terroristas, éstos sólo piensan en matar impunemente, en asesinar… Sea como sea, siempre aparece la muerte, siempre hay muertos. Sin embargo, como suele decirse, hay muertos y muertos. Por ejemplo, y al menos para la agente Baby, no es lo mismo el cadáver de uno de sus Simones asesinado que el cadáver de su asesino. En cualquier caso, ¿qué se le puede decir a un muerto, sea éste la víctima o sea el asesino? Considerado fríamente, prescindiendo de sentimientos o de cualquier clase de consideración, lo único que parece adecuado es algo tan simple como: Adiós, cadáver.



Lou Carrigan

Adiós Cadáver

Brigitte en acción - 478

ePub r1.1

Titivillus 29.01.2018

Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



Capítulo primero

Primero oyeron el ruido de la avioneta, y luego vieron sus luces parpadeantes, como perdidas en la inmensidad del cielo, entre las estrellas. No habrían podido diferenciarlas de éstas si no hubiera sido por el diferente color: el de las estrellas era más radiante, y todas iguales…

—Ahí la tenemos —murmuró uno de los hombres que esperaban en lancha. Ésta se hallaba flotando silenciosamente, a motor parado, sobre las negras aguas del Golfo de Egina, unas veinte millas al sur de El Pireo, la variopinta ciudad puerto de Atenas. La lancha estaba pintada de azul pálido, y aunque de día debía de verse sin dificultad sobre las aguas de noche resultaba considerablemente difícil.

Había dos hombres más a bordo. Todos miraban hacia las luces de la avioneta, que pasaba ahora muy cerca de su posición. Hacia el norte resplandecían las ciudades de El Pireo y Atenas, como grandes manchas de luz fosforescente. El mar parecía de terciopelo, y crujía suavemente contra los costados de la lancha.

La avioneta, simplemente, pasó, y comenzó a perderse en la distancia y pareció que eso fuese todo. Pero de pronto, uno de los tres hombres que seguían escrutando el cielo señaló hacia arriba, a un punto por el cual había pasado la avioneta poco antes.

—Ahí está.

El paracaídas era negro, pero se podía distinguir su forma al recortarse en la luz estelar. Pero, además, con él descendía una luz roja y otra verde que efectuaban intermitencias.

—Caerá muy cerca de aquí —dijo otro—. Venga, vamos ya.

Uno de los hombres se colocó ante los mandos, encendió el motor, y gobernó la lancha hacia donde caían las luces roja y verde que seguían destellando. Muy pronto estuvieron cerca del paracaidista, pudieron ver perfectamente su silueta, las luces roja y

verde… Los motores de la lancha fueron de nuevo parados, la embarcación se deslizó suavemente hacia donde, pocos segundos después, el paracaidista se hundía en el agua.

Reapareció enseguida. Las luces roja y verde ya se habían apagado, no eran necesarias, pues el paracaidista estaba de sobra localizado y a punto de ser recogido. Alcanzó con fáciles brazadas la lancha, se agarró a las manos de dos hombres que se asomaban por la borda, y fue izado a bordo en un instante. Acto seguido, los mismos dos hombres desprendieron del cuerpo del paracaidista los atalajes que sujetaban el paracaídas, desembarazándolo de éste. Una figura esbelta de bellas formas armoniosas, quedó liberada.

—¿Se encuentra bien? —preguntó uno de los hombres.

—Perfectamente, gracias —asintió la mujer.

Los dos hombres que la habían ayudado a subir a bordo estaban ahora tirando del paracaídas, recogiéndolo. El otro ayudó a la recién llegada a quitarse el mono negro impermeable.

—Vamos adentro, y podrá secarse.

—Prácticamente no me he mojado: la maniobra ha sido perfecta.

—Pero será mejor que entremos. Hace fresco aquí fuera.

Todo el equipo de la mujer fue dejado a un lado de la cubierta de la lancha, a cuyos mandos volvió el mismo hombre de antes. Los otros dos acompañaron a la mujer al interior de la lancha, que se puso en marcha enseguida.

Los dos hombres miraban fascinados a la hermosísima muchacha negra que les contemplaba amablemente. De pasmo: una negra con los ojos azules.

Claro que cosas más exóticas podían verse en la vida, pero tampoco era cosa de todos los días ver una negra con ojos azules.

—Mi ropa ha quedado afuera, con el equipo —dijo ella.

Uno de los hombres se dio una palmada en la frente, y salió en busca del pequeño envoltorio que contenía la ropa de la muchacha negra. Ésta, que solamente llevaba puesto un bikini, se lo quitó, sin turbación ni provocación, con toda naturalidad, y comenzó a ponerse las ligeras ropas que sacó del paquete. Los dos hombres la contemplaban en respetuoso silencio.

Allá la tenían: la agente «Baby» de la CIA. Poco importaba que hubiera llegado con apariencia de negra, era ella, y no había más que hablar. Ellos lo sabían perfectamente. Como sabían

perfectamente que a partir de ese momento no habría en toda la zona de Grecia más mando que el de la agente Baby y que ellos habían pasado a llamarse, simplemente, Simón; Simón I, Simón II, Simón III. Era así de simple.

—¿Quién de ustedes es Simón-Atenas? —inquirió la negra, ya vestida.

—Yo —dijo el agente de la CIA de más edad, unos cuarenta años —. Yo soy el jefe de la zona…, y el culpable de lo ocurrido.

Baby se quedó mirándolo atentamente.

—¿Se considera culpable de lo ocurrido? —Alzó las cejas—. ¿Por qué?

—Supongo que no actué adecuadamente…, o que no fui afortunado al llevarlos a aquel chalé de la playa. También soy culpable de haberla forzado a este viaje de urgencia. Lo siento.

—Por suerte, no estaba demasiado lejos de aquí. Cuando ustedes avisaron a París, los de París pasaron el informe a Washington, los de Washington lo pasaron a mi Sector de Estados Unidos, y el jefe de Sector, que sabía dónde estaba yo en Europa, ordenó a París que me preparasen este viaje-relámpago a Grecia, así que en menos de doce horas he sido trasladada al lugar de los hechos. Y le aseguro que no le guardo rencor por ello, Simón, ni me molesta haber venido. A quien le molestará es a la persona que nos ha asesinado a un compañero. Pero bueno, no divaguemos más: explíquenme lo ocurrido.

Se sentó, y aceptó el cigarrillo que le tendía el otro agente de la CIA, es decir, Simón II, de acuerdo a las nomenclaturas automáticamente establecidas. A los mandos de la lancha iba, pues, Simón III.

—¿Cómo debemos llamar a nuestro compañero muerto? —murmuró Simón I es decir, Simón-Atenas, el jefe de la zona—. ¿Simón o por su nombre?

—Ya está muerto —murmuró Baby—. Por lo tanto, poco importa que lo llamemos por su nombre, y además, así lo distinguiremos de los vivos. ¿Cómo se llamaba?

—Nicholas Moore. Hacía tiempo que estaba operando en África. En mi zona se puede decir que nadie le conocía, excepto yo, que le había conocido hacía tiempo, y posteriormente nos habíamos relacionado, siempre por cuestiones de trabajo, un par de veces. Era

un tipo simpático.

—Simpático —pareció sorprenderse la negra.

—Sí. Quiero decir que hay gente que hace su trabajo, lo hace bien, eso es todo. Pero Nick era simpático. Vamos, no se trata de que fuese un «gracioso», ya me entiende, pero era un muchacho agradable. Tenía una habilidad especial para hacer amigos y conquistar chicas.

—Ya. Tengo entendido que precisamente con él ha muerto una mujer.

—Sí. Es una muchacha libia, muy hermosa. Se llama… o se llamaba, claro, Naria Akhuba. Nick nos dijo que ella le había ayudado en este asunto de África.

—¿Qué asunto?

—No lo sabemos exactamente, pero por lo que Nick nos dijo desde la lancha se trata de una bomba. Quiero decir, algo tremendamente importante, no una bomba en el exacto sentido de la palabra.

—Ya lo he entendido así —asintió Baby—. Algo tremendamente importante al norte de África… ¿No dio ninguna pista?

—Que yo entendiera, no.

—Será mejor que volvamos al principio. Explíquemelo todo cronológicamente.

—Sí, claro. Bueno, simplemente, esta madrugada, o sea, hace ahora doce horas, nuestra *station* recibió una llamada por radio. Procedía de una lancha que se acercaba a El Pireo, procedente del norte de África. El comunicante dijo llamarse Nick Moore, y ser de los nuestros. En principio había que creerlo, puesto que conocía nuestra onda, pero, además, como le he dicho, yo lo conocía personalmente, de modo que inmediatamente me hice cargo de la comunicación…

—¿Lo identificó plenamente como a Nick Moore?

—Sí, sí, no tuve la menor duda. Me dijo que había escapado la noche anterior del norte de África, concretamente, de un punto muy cercano a Tobruk, y que traía una bomba condensada en un microfilme…

—De modo que se trata de un microfilme.

—Sí. Nick me dijo que llevaban toda la noche navegando, gracias a que había tenido la suerte de poder repostar en Creta y a

la previsión de la muchacha que le acompañaba, que era la que le había proporcionado la lancha con bastante combustible.

—Hay unas cuatrocientas millas desde Tobruk a El Pireo, me parece —calculó la negra—. Cuatrocientas millas que ellos cubrieron en ¿cuánto tiempo?

—Por lo que Nick dijo, en unas doce o trece horas. Llevaba una buena lancha, desde luego, así que era perfectamente posible.

—Sí, es cierto. ¿De quién es la lancha?

—No lo sabemos. La muchacha llamada Naria Akhuba la aportó, y eso es todo lo que sé. Y si sé tantas cosas es porque Nick también me identificó a mí. Estoy seguro de que si no hubiera sido yo no habría dado tantas explicaciones, y ni siquiera habría mencionado todo eso del microfilme que es una bomba. Pero, en fin, al identificarnos mutuamente él se relajó un poco, se tranquilizó.

—Es natural.

Simón I asintió, y encendió un cigarrillo. Simón II contemplaba siempre fascinado a la extraordinaria y bella negra.

—Bien, le di instrucciones a Nick respecto al lugar a donde debía dirigirse, un lugar algo más al sur de Grifaba, pues me pareció mucho más prudente que acercarse El Pireo, donde podía ser visto por demasiadas personas. El lugar que le indiqué es una casita en la playa, cerca de un embarcadero…

Bueno, ya la verá, y comprenderá que Nick tuvo que comprender muy bien las instrucciones para localizarla. Dijo que la idea le parecía estupenda, que se dirigía directamente hacia allá, y que nos esperaba…, pero que no nos sorprendiéramos demasiado si los encontrábamos dormidos a los dos, a él y a la muchacha, pues ambos estaban agotados.

—Y cuando llegaron los encontraron muertos.

—Sí.

—¿Cómo?

—Usted misma lo verá, puesto que no hemos tocado nada. Cuando avisamos a París nos recordaron que tratándose del asesinato de uno de nuestros compañeros era seguro que usted querría intervenir, y que hasta confirmar o negar esto lo mejor sería que no tomásemos ninguna iniciativa. Y eso hemos hecho. Cuando nos llamaron para indicarnos su llegada dejamos todo en suspenso.

—De acuerdo. ¿Cómo pudieron encontrar a Nick Moore las

personas que lo mataron? ¿Tiene alguna idea al respecto?

—La única idea que se me ocurre es que alguien pudo interferir su llamada por la radio de la lancha. Nick colocó la radio de la lancha en la onda de Grecia, naturalmente, y fue cuando habló conmigo. Pero, claro, quizás alguien ya tenía interferida nuestra onda y se enteró de todo…, pero, francamente, me resisto a creerlo: hace tiempo que tenemos dispositivos de alta seguridad al respecto, usted ya debe de saber esto.

—Sí. Pero actualmente, Simón, la revolución tecnológica es tal que nadie puede estar seguro de nada. De todos modos, también pudieron localizar a Moore de otra manera… Quizás alguien llamó desde Tobruk a Atenas, y estaban esperando a Moore por aquí…, y por otros sitios de la costa sur de Europa. Esto es muy improbable, pero nunca podemos descartar nada de un modo absoluto. Otra posibilidad es la de que, simplemente, desde Tobruk les hubieran estado persiguiendo con otra lancha… y que finalmente los alcanzaran.

—Sí, tal vez fuese algo de eso.

—¿Qué hizo usted cuando terminó de hablar con Nick Moore por radio?

—Llamé por teléfono a nuestro enclave en el Pireo, y allá, Lu… digo Simón III, que es quien ahora gobierna esta lancha, me dijo que ya había captado la conversación con su radio, y que desde luego sabía que le iba a dar alguna instrucción. Le dije que, a toda prisa, se fuese al chalé a donde habíamos enviado a Moore y a su amiga Libia, y que se asegurase de que todo estaba bien allí hasta que llegase yo y algunos de los muchachos. Cuando llegamos allá, Simón III nos estaba esperando en la puerta del chalé, y nada más verlo comprendí que algo malo había ocurrido. Me dijo que los había encontrado muertos. Eso es todo.

—Y el microfilme no ha aparecido.

—No. Se lo llevaron.

—¿Se lo llevaron? —Le miró vivamente Baby—. ¿Cómo sabe usted eso? Simón-Atenas se pasó la lengua por los labios. Estaba lívido.

—Bueno —pareció quebrarse su voz—, digamos que… lo he deducido.

—¿Basándose en qué?

—Prefiero que usted lo vea.

—Muy bien. ¿Qué más?

—Pues… nada más. Ah, sí, encargué a Simón III que se llevara la lancha de allí, para esconderla, y él la llevó a El Pireo, donde tenemos un almacén adecuado. Simón III se llevó la lancha, y la dejó en el almacén… Se entiende que está al borde del muelle, y que tenemos grúa para estos menesteres… Se me ocurrió que era buena idea retirar la lancha del embarcadero de la playa, quitarla de la vista de todo el mundo.

—Sin duda fue buena idea. ¿Algo más?

—Para seguir conversando sobre esto creo que sería mejor que esperásemos a que usted vea cómo están las cosas en el chalé.

—No tardaremos en llegar —dijo Simón II.

La negra asintió, y permaneció pensativa un par de minutos. Luego, del equipo que había traído, sacó un pequeño paquete que contenía su pistola de cachas de madreperla, dos pequeñas radios, dinero, y dos pasaportes bien protegidos en una funda de plástico, así como un bolso azul de bandolera de flexible piel, dentro del cual colocó todo lo anterior.

—Lo que no he traído son cigarrillos —dijo.

Los dos hombres la contemplaban como hipnotizados. Aquella mujer era de fábula: sin duda, la habían sacado a toda prisa de algún lugar donde debía de estar pasándolo divinamente, la habían llevado a toda prisa en avioneta sin tiempo a nada, la habían arrojado al mar en plena noche con una pistola y dos pasaportes para meterse en un caso de espionaje…, y todo lo que se le ocurría decir era que no había traído cigarrillos.

—No se preocupe —casi terminó por sonreír Simón I—. Ya le procuraremos cigarrillos.

—Pero… ¿americanos? No es que sea fanática, pero la verdad, en cuanto a cigarrillos los que me gustan son los nuestros.

—Americanos —asintió Simón—. Perdone, pero… Vaya, no sé…

—Diga lo que sea.

—¿Realmente es usted negra?

—No, pero era el único elemento de disfraz que tenía a manos en ese momento: algunas dosis de cierto suero… milagroso. Antes del mediodía de mañana mi piel se habrá aclarado completamente, y volveré a ser blanca.

Claro que para entonces, mi equipo habitual ya habrá llegado a Atenas. O una copia de él, se entiende, lo que significa que dispondré de pelucas, lentillas de contacto, y otras cositas… que suelo utilizar.

—Es decir que, tanto si parece negra como cualquier otra cosa, lo cierto es que ninguno de nosotros la verá tal como es.

—No. Es una medida de seguridad que suelo tomar cuando las cosas presentan mal cariz. Y no me negarán ustedes que en esta ocasión las cosas están realmente feas. Quiero decir que si alguien pudo localizar y matar a Moore es más que posible que, después de eso, ese chalé haya quedado sometido a vigilancia por parte de nuestros enemigos. Y francamente, Simón, ya es peligroso acercarse a ese chalé con el riesgo de que me metan una bala en el corazón disparando desde trescientos o cuatrocientos metros con un rifle provisto de mira telescópica…, pero que me tomen una fotografía al natural, tal como soy, y la envíen a Moscú, a Pekín, o a cualquier directorio de espionaje del mundo, francamente, no me hace ninguna gracia.

* * *

Vigilando el chalé había en total cuatro agentes de la CIA, dos en el exterior y dos en el interior, aunque bien se comprendía que éstos no habían tocado nada, que se limitaban a estar allí esperando.

Nada más entrar en el chalé, que era pequeño y agradable, la agente Baby sintió como un repeluzno que pareció congelar por un instante su columna vertebral.

Pero tardó muy poco en comprobar que no había para tanto…, al menos, aparentemente.

La muchacha libia llamada Naria Akhuba había sido, en efecto, muy bonita; y muy joven, pues quizá no tenía más de dieciocho años. Yacía en el suelo del dormitorio grande, junto a la cama, completamente desnuda y tendida boca abajo y con la cabeza apoyada en el suelo sobre la mejilla izquierda.

Una auténtica belleza, cuyas carnes estaban ahora rígidas y heladas y cuyos grandes ojos oscuros parecían de cristal viejo y sucio.

Baby la estuvo contemplando unos segundos, desde un par de

metros de distancia, sin entrar en más detalles de examen, puesto que quería ver cuanto antes a Simón-Tobruk, es decir, al asesinado Nicholas Moore. Éste se hallaba en el cuarto de baño, desnudo completamente, y caído en un rincón junto a la bañera, retorcido su cuerpo maltratado.

Odiosamente maltratado.

Tenía sujetos los tobillos uno a otro por medio de finos y fortísimos cordeles, y lo mismo sus muñecas, atadas a la espalda. Por las hendiduras de ambas ligaduras había brotado sangre que ahora parecía sucio barro seco. El rostro de Nicholas Moore se descomponía en una terrible mueca de dolor y espanto… Y tenía sus buenos motivos para haber sentido dolor y espanto: le habían cortado un testículo, que yacía junto a él en el suelo, y además le habían sacado un ojo a punta de navaja. Ante esto, las otras cosas que le habían hecho no tenían demasiada importancia…, salvo los tres balazos al corazón, claro está.

La negra estuvo unos segundos contemplando esto, acuclillada junto al cadáver.

Por fin, se puso en pie, y se volvió hacia la puerta del cuarto de baño, desde cuyo umbral, demudado el rostro, la contemplaba Simón-Atenas.

Baby aspiró profundamente, y salió del cuarto de baño, acercándose a la bella muchacha libia, pensando que quizás a ella también la habían torturado, pero que su postura impedía ver las heridas. Se acuclilló también junto a ella, pero no pudo apreciar herida alguna. Le dio la vuelta, y entonces sí vio el impacto de una sola bala en la zona del corazón. La espía más peligrosa del mundo podía ver la escena con los ojos de la imaginación: Moore y la muchacha están en el lecho, a punto de acostarse; evidentemente, la relación entre ellos era totalmente íntima; quizás habían hecho el amor, o quizá se disponían a hacerlo, o quizá, simplemente, se disponían a dejarse caer agotados en la cama, tras desnudarse, pues hacía mucho calor. Grecia no es ninguna broma en cuanto a calor, en el mes de julio…

Como fuese, Moore decide ir al cuarto de baño. En ese momento, entra el intruso o intrusos, y disparan con arma provista de silenciador contra la muchacha, y a él lo atrapan en el cuarto de baño…

Pero… ¿qué era aquello?

Casi al mismo tiempo, Baby vio, en el suelo, el estuche de la barra de carmín. Luego, las letras escritas con carmín en el antebrazo izquierdo de la jovencita libia.

Estas letras: *CIAO*.

Capítulo II

Baby estuvo casi un minuto contemplando la palabra *CIAO* escrita con carmín en el brazo de la muchacha. Luego, lentamente, volvió la mirada hacia el agente de la CIA Simón-Atenas.

—¿Ustedes habían visto esto? —murmuró.

—No —se acuclilló junto a ella el espía—… Tal como estaba el cuerpo no podíamos ver esa parte del brazo, y recuerde que no hemos tocado nada.

—Pero la barra de carmín ahí en el suelo sí debieron de verla.

—Sí, claro.

—¿Y qué pensaron al respecto?

—La verdad es que nada… Nada. Bueno, tal vez sabiendo que usted había de venir hemos preferido… digamos mantener la mente en blanco, no formar opiniones ni teorías.

Baby asintió, y se incorporó, imitada por Simón I. Ambos retrocedieron unos pasos y se quedaron controlando la escena. Ahora podían ver perfectamente la palabra *CIAO* en el brazo de Naria Akhuba, pues las letras eran bastante grandes, de unos tres centímetros de altura, y gruesas.

—¿Qué equipaje traían Moore y la muchacha? —preguntó de pronto Baby.

—No lo sé. Lo que sea tiene que estar en la lancha, pues aquí no hay nada, salvo las ropas que se quitaron.

—Y el estuche para carmín —señaló ella.

—Sí…, es cierto. Bueno, es una cosa muy propia de mujer, y supongo que por eso no pensamos nada especial al ver el estuche en el suelo.

—Es decir, que sea lo que sea lo que trajeran en la lancha se lo dejan en ésta, pero se traen el estuche de carmín. Y por favor, Simón, no me diga esa majadería de que «ya se sabe, las mujeres son presumidas»… Esta mujer había navegado toda la noche

seguramente con la certidumbre de que llevaba la muerte tras ella. ¿Cree usted que al llegar al embarcadero de esta playa se va a dejar en la lancha todas sus cosas menos el estuche de carmín?

—No parece razonable —admitió Simón—… O se lo trae todo a la casa, o se lo deja todo en la lancha. Aunque quizá de este tipo de cosas sólo tenía el carmín. Si quiere, Simón III puede llevarla al lugar donde tenemos la lancha de Moore, y que el propio Simón III llevó allá.

—Dígale a Simón III que venga aquí, por favor.

Simón-Atenas salió de la casa, y regresó al poco con Simón III, que miró la palabra *CIAO* escrita con carmín en el brazo de Naria Akhuba, parpadeó, y posó su oscura mirada en los azules ojos de la negra.

—¿Se fijó usted en las cosas que Moore y la muchacha traían en la lancha? —preguntó Baby.

—La verdad es que no.

—¿Por qué?

—Bueno, teníamos aquí dos cadáveres, la situación no era precisamente alentadora, y ni se me ocurrió interesarme por lo que pudiera haber en la lancha. Simplemente, fui a dejarla y volví aquí, como me había ordenado mi jefe.

—De acuerdo. —Baby se encaró de nuevo con Simón-Atenas—. Ahora que tenemos una visión de conjunto digamos más amplia y completa… ¿a qué conclusiones llega usted, Simón?

—¿En qué sentido?

—¿Cómo diría usted que ocurrieron las cosas esta madrugada?

—Ya. Bueno, Moore y la muchacha llegaron al embarcadero, dejaron amarrada la lancha, y vinieron a la casa inmediatamente. Estaban agotados… Moore abrió con la llave que recogió del escondrijo entre unos matorrales de ahí fuera que yo le indiqué. Entraron, se desnudaron, y… digamos que se dispusieron a descansar, dejando aparte que antes tuvieran tiempo o no para otras cosas. O sea, la muchacha se quedó en la habitación y Moore fue al cuarto de baño. Entonces fue cuando «los otros» o el «otro» hicieron acto de presencia… Primero vieron a la muchacha, a la que no le dieron tiempo a reaccionar: le metieron una bala en el corazón, y eso es todo…

—No, en el corazón, no, pues entonces ella no habría podido

moverse posteriormente.

—¿Cómo sabe usted que se movió después de recibir el balazo?

—Porque estaba en la cama cuando recibió el balazo.

—¿Y cómo sabe usted eso? —refunfuñó Simón-Atenas.

—Si hubiera estado fuera de la cama, haciendo cualquier cosa en la habitación, el golpe de su cuerpo al caer al suelo habría advertido a Moore de que algo ocurría aquí, y puesto que al parecer se hallaba desarmado en ese momento, lo menos que habría hecho es saltar por la ventana, escapar. Pero no hizo nada de eso, lo sorprendieron en el cuarto de baño, le amenazaron, le ordenaron que permaneciese inmóvil y de espaldas. Le golpearon en la cabeza con la pistola, y mientras se hallaba desvanecido le ataron las manos y los pies.

Hubo unos segundos de silencio por parte de Simón-Atenas, que finalmente, masculló:

—De acuerdo, la chica estaba en la cama cuando le dispararon, de modo que no pudo hacer ruido alguno. Pero entonces… ¿por qué la encontramos tendida en el suelo?

—Porque no murió en el acto. Quien le disparó creyó que sí, pero no fue así. La muchacha quedó en la cama, ciertamente más muerta que viva, pero… todavía viva. Oyó más o menos y mejor o peor lo que ocurría en el cuarto de baño. Lo que ocurrió en éste podemos imaginárnoslo: el asesino, pues yo creo que fue uno solo, estaba torturando a Moore tras la recuperación de éste. Ya hemos visto la brutalidad con que lo trataron. También, posiblemente, debieron de amenazarlo con torturar a la muchacha, de la cual Moore debía de ignorar que ya estaba prácticamente muerta… Como sea, Moore terminó por decir dónde estaba el microfilme que él y Naria habían traído de África: dentro del estuche para carmín que Naria debía de llevar encima como una cosa natural, y que en aquellos momentos se hallaba en las ropas de la muchacha. El asesino sale del cuarto de baño, aparece en el dormitorio, va a donde están las ropas de Naria —Baby señaló la butaquita donde se veían las ropas femeninas tiradas de cualquier manera—, las registra, y encuentra el estuche para carmín. Lo abre, y dentro de éste, junto con la barra de carmín, ve la pequeña cápsula que contiene el microfilme. Se queda la cápsula con el microfilme y tira desdeñosamente a un lado el estuche con la barra de carmín.

Regresa al cuarto de baño, para rematar a Moore si le había quedado alguna duda al respecto, y luego, simplemente, se va, sin tan siquiera molestarse en mirar a Naria, que continúa en la cama, en la misma postura, con los ojos cerrados, pálida, aparentemente muerta. El asesino se va. Naria abre los ojos. ¿Qué puede hacer?, se pregunta. Intenta salir de la cama y lo consigue. Pero cae al suelo. Ella ha estado oyendo lo que ocurría en el cuarto de baño, sabe todo lo que ha ocurrido. Ve el estuche para el carmín, muy cerca de ella, en el suelo. Sabe que no puede hacer nada, que va a morir, y sabe que el simpático Nick, con el cual tan bien se ha entendido y al que ha ayudado a escapar, está muerto. Entonces coge el estuche, hace sobresalir la barra de carmín, y en el brazo escribe la palabra *CIAO*. Ya no puede más. Se derrumba. Cae. Queda boca abajo. Muere.

Todos los agentes de la CIA presentes en el dormitorio habían escuchado a Baby inmóviles y en silencio, como religiosamente.

Así permanecieron todavía unos segundos antes de que Simón III murmurase:

—¿Y cómo sabe usted que esa palabra la escribió la muchacha?

—Vamos, Simón… ¿acaso podemos pensar que el asesino quiso dejarnos un mensaje?

—Pudo hacerlo… para confundirnos.

—No. El asesino fue rápido e implacable. Sabía que ustedes no podían tardar mucho en llegar aquí, procedentes de El Pireo y de Atenas. De hecho, es muy posible que cuando usted, que fue el primero en llegar, apareció por aquí, él tuviera que esconderse para no ser visto. Quiero decir que quizá por segundos no se encontró usted con él aquí dentro…, en cuyo caso, sin la menor duda, usted también estaría muerto ahora. No, no lo escribió él; él tenía prisa, tanta prisa que no podía perder tiempo en asegurarse de que la muchacha estaba muerta, y ni tan siquiera en dispararle de nuevo… No, no fue él, tenía demasiada prisa… De modo que la palabra *CIAO* la escribió Naria Akhuba… y enseguida murió.

De nuevo se hizo un largo silencio antes de que Simón-Atenas murmurase:

—Pero *CIAO* es una palabra italiana… que significa ADIÓS, ¿no?

—No, no exactamente. En italiano, adiós es addio. *CIAO* es un saludo que podríamos decir que comprende todos los saludos. Decir

CIAO es como decir HOLA, ADIÓS, ¿QUÉ TAL?, HASTA LUEGO…, y muchas cosas más. Es como los saludos *AUE*, de Tahití, o *ALOHA*, de las Hawai, que significan tanto una despedida como una bienvenida… *CIAO* es un saludo múltiple, simplemente.

—Pero también significa adiós, entonces, ¿no es así?

—Sí, claro, ¿por qué no? Pero seamos consecuentes… Naria era una muchacha valiente y, si estaba metida en nuestro juego, no debía de ser tonta, ¿verdad? Y sólo a un tonto se le ocurriría escribir en su brazo ADIÓS cuando acaban de asesinarlo. ¿Usted lo haría? ¿Escribiría una despedida…, o escribiría algo que a sus amigos les resultase útil para encontrar a su asesino?

—Algo que sirviese a mis amigos para encontrar a mi asesino, naturalmente. O sea, que la palabra *CIAO* es un mensaje de Naria Akhuba.

—Naturalmente.

—Un mensaje que hace referencia al asesino de ella y de Moore.

—Por supuesto.

—¿Y qué debemos interpretar? ¿Que el asesino es italiano?

—Podría ser eso. Pero no olvidemos que, aunque en Libia el idioma oficial es el árabe, también se habla el inglés y el italiano. Así que ya tendríamos dos posibles pistas. Una, la que usted ha dicho, que el asesino es italiano; otra, que es de Libia, pero que habla italiano; otra más, que quizá Moore y su asesino estuvieron conversando en italiano…, y posiblemente hay más alternativas que en este momento no se nos ocurren. Pero lo que no podemos dudar es que la palabra *CIAO* que nos ha dejado Naria escrita en su propia piel es un mensaje importante.

—Está bien. Pero de momento, según parece, el asesino encontró el microfilme y se lo llevó, con lo cual nos hemos quedado sin compañero y sin el botín.

—No siempre se gana —murmuró Baby—, pero todavía nos quedan algunas posibilidades.

—¿En qué sentido? ¿A qué se refiere?

—Hay otra… alternativa, otra teoría, para explicar lo sucedido aquí.

—No me diga.

Baby esbozó una brevísima sonrisa.

—Vamos a reconstruir los hechos de otro modo a partir del

momento en que el asesino hace recuperar el conocimiento a Moore y empieza a preguntarle dónde tiene escondido el microfilme. Supongamos que, le hagan lo que le hagan, Moore se niega a decirlo, motivo por el cual el asesino le tortura tan bestialmente. Pero Moore sigue resistiendo. Resiste tanto, que entretiene al asesino lo suficiente para que se produzca la llegada de Simón III —Baby, miró a éste—… Usted llega al chalé, y cuando entra encuentra muertos a Naria y a Moore, pero no ve a nadie. Posiblemente, el asesino, creyendo que no llega un solo hombre de la CIA, sino varios, escapa por la ventana del cuarto de baño. No ha conseguido el microfilme…, ni se ha enterado de que mientras él está torturando, matando a Nick Moore, Naria ha conseguido salir de la cama, ha llegado hasta sus ropas, ha cogido el estuche de carmín…, que sólo contiene carmín, y ha escrito en su brazo la única palabra que se le ocurre suficientemente expresiva para darle una pista a la CIA sobre lo ocurrido: *CIAO*. Esto no puede verlo el asesino, porque escapa por la ventana del cuarto de baño, ya no vuelve a ver a Naria, a la que, por otra parte, considera muerta.

—¡Fiuuu! —Emitió un silbidito de admiración Simón-Atenas—. ¿Se le ocurre alguna teoría más?

—Ninguna más, por ahora.

—Ya. Por ahora. Bien, por si acaso se le van ocurriendo más, les iremos poniendo una nomenclatura. A la primera teoría, es decir, a la que implica que el asesino encuentra el microfilme en el estuche para la barra de carmín, la llamaremos Teoría A, y a la que implica que escapa por la ventana sin haber conseguido nada, la llamaremos Teoría B. Y a ver cuántas más se nos ocurren. Mientras tanto, como pista sólo tenemos eso, la palabra *CIAO*, que según usted tiene que resultar muy significativa, pues de otro modo Naria Akhuba no se la habría escrito en el brazo.

—Exacto.

—De acuerdo. Y ahora… ¿por dónde empezamos?

De nuevo la atención de los hombres de la CIA se concentró en la espía más peligrosa del mundo, que reflexionó unos segundos y dijo:

—Ante todo, vamos a colocar los cadáveres de Nick Moore y de Naria de un modo más piadoso, y debidamente empaquetados para ser trasladados al lugar desde donde partirán hacia Estados

Unidos…

—¿Ella también?

—Quiero que los entierren juntos, y quiero que usted haga constar eso en el envío. No vamos a tirar a la muchacha al mar, después que ayudó a Nick y lo amaba. No señor, no haremos eso mientras yo tenga voz en este juego.

—Usted manda.

—Bien. Desaten a Nick, pongan los dos cadáveres de un modo razonable, y procederemos a su envío. Pero también quiero que este chalé sea registrado concienzudamente, porque si la teoría buena fuese la B, es decir, que el asesino no hubiera encontrado el microfilme, quizás esté en esta casa… O quizás esté en la lancha.

—¿Quiere que vaya a buscarla? —se ofreció inmediatamente Simón III.

—Nada de eso. Nosotros iremos allá. Es decir, iremos usted y yo solos. Los demás, que busquen aquí y se ocupen del traslado de los cadáveres. ¿Alguien tiene alguna duda?

—Yo, pero sólo una —dijo Simón-Atenas—: ¿hasta cuándo debemos permanecer buscando esa cápsula en este chalé?

—Yo les diré hasta cuándo. Busquen bien… y tengan cuidado con algún posible ataque desde el exterior. Simón III y yo nos vamos en la lancha a donde está la de Nick y Naria. ¿Vamos, Simón?

—Cuando usted guste —asintió el joven espía.

Esperaron hasta que los cadáveres de Nicholas Moore y Naria Akhuba estuvieron mínimamente compuestos y acondicionados para su transporte hasta el aeropuerto más cercano, que era sin duda el de Ellinikon, apenas a una docena de kilómetros de allí, y desde donde serían trasladados a Estados Unidos por uno de los sigilosos aviones especiales de la CIA.

Todavía, antes de abandonar aquel lugar, la agente Baby estuvo unos segundos mirando fijamente el empaquetado cuerpo de Nicholas Moore, y finalmente murmuró:

—*Ciao, cadavere*[1].

Poco después, ella y Simón III se hallaban de nuevo en la lancha con la cual la espía americana había sido recogida tras lanzarse en paracaídas. El agente de la CIA puso la lancha en marcha tras soltar la amarra, y miró a la bella negra, que permanecía de pie a su lado,

mirando hacia las luces costeras.

—Quizá sería mejor que fuese adentro —sugirió—. A medida que avance la noche irá haciende más y más frío aquí fuera y con la velocidad de la marcha…

—Si usted lo aguanta yo también.

—Como guste. ¿Sabe?: cuando pienso que quizá tenga usted razón, y que cuando yo entré en la casa el asesino todavía estaba dentro, se me ponen los pelos de punta. No soy un cobarde, se lo aseguro, pero el sujeto capaz de hacer esas cosas tiene que ser… muy especial.

—Sí, tiene que serlo. Pero no se atreverá con tantos.

—¿Qué quiere decir?

—Si no encontró el microfilme él tiene que estar rondando este lugar, esperando su ocasión.

—¿Quiere decir… que quizá nos ha estado viendo…, y que incluso es posible que nos esté viendo ahora?

—Exactamente. Y es uno solo. Sí, está solo… Por lo que sea, está trabajando solo. Si tuviera compañeros para ayudarle, y considerando la importancia tremenda del microfilme de Moore, ya nos habría atacado, estaría haciendo lo que fuese con tal de recuperar ese microfilme. Está completamente solo…, pero muy atento.

—Oiga, está usted haciéndome sentir escalofríos… ¿Qué puede contener ese microfilme que sea tan importante?

—Quizá no lo sepamos nunca.

—Y quizá nunca encontremos al asesino de Moore.

—A ése sí —susurró la agente Baby—. A ése sí que lo encontraré… ¡Ya lo creo que lo encontraré!

Capítulo III

La lancha se detuvo, finalmente, en un punto de los *docks* de El Pireo destinados a reparaciones de embarcaciones y a carga y descarga de materiales relacionados con las mismas. Mientras Simón III amarraba la pequeña embarcación, la espía americana miraba hacia lo alto, donde oscilaba el gancho al extremo de un cable de la poderosa grúa.

Subieron por unos escalones de piedra, y enseguida por otros de madera que conducían directamente a un pequeño descansillo ante la entrada al almacén. La puerta de éste la abrió Simón III utilizando una llave que pendía de un simple clavo en el hueco entre dos tablas. Era un escondrijo simple pero eficaz.

—Igual que en el chalé —comentó Baby.

—¿Qué?

—Lo de la llave. Entiendo que usted encontró la llave del chalé entre unos arbustos cercanos a la puerta.

—¿Yo? Claro que no. La encontró y utilizó Moore, pues él llegó antes que yo, naturalmente.

—Eso he querido decir —la bella negra parpadeó, desconcertada de pronto—... ¿Y cómo entró usted en el chalé, si Moore había recogido la llave? ¿Él volvió a dejarla entre los arbustos, quizá?

—No. La llave estaba en la cerradura de la puerta..., y la puerta estaba abierta, cuando yo llegué. Ajustada al marco, pero abierta. ¿Comprende?

Baby asintió.

Simón III encendió la luz del interior del almacén, al cual acababan de entrar. Era de techo alto, y muy largo; quizá tenía unos cincuenta metros, y no menos de doce de ancho. Había material, herramientas, cajas de madera con inscripciones en griego y en inglés, bidones de combustible, cadenas..., y dos lanchas. Una hacia el fondo, muy vieja y deteriorada, que parecía esperar una

reparación y ser pintada. Otra, más cerca del portalón de recepción de mercancías y maquinaria y cargamento, podía considerarse normal; medía unos veinte pies de eslora. Estaba colocada en un soporte adecuado para reparaciones y pintado. Su nombre estaba borroso, pero se veía la matrícula de Bengasi.

Simón III la señaló, y Baby asintió, pero todavía pensativa.

—Es decir, que el asesino se fue sin cerrar la puerta, simplemente dejándola ajustada —murmuró.

—Eso parece. Aunque yo no lo veo exactamente así.

—¿No? —Le miró con renovado interés Baby—. ¿Cómo lo ve usted?

—Cuando yo llegué, la puerta estaba ajustada al marco pero sin cerrar con llave. Sólo tuve que empujarla y entrar. Pensé que Moore la había dejado así a propósito, para facilitarnos la entrada…, y supongo que eso es realmente lo que hizo. Sólo que en lugar de llegar yo el primero, llegó otra persona, que no tuvo ninguna dificultad para entrar. Entonces, simplemente, se adentró en la casa e hizo… lo que hizo. Para marcharse, al parecer, ni siquiera utilizó la puerta, sino la ventana, de modo que yo encontré la puerta como él la había dejado, es decir, nuevamente ajustada al marco.

—Claro. ¿Y usted no desconfió?

—La verdad es que me pareció excesivamente confiado por parte de nuestro compañero, pero a fin de cuentas él sabía que nosotros íbamos a llegar muy pronto. Quizás él y la muchacha se disponían a ducharse, y por eso los encontramos completamente desnudos. Y Moore debió de pensar que si llegábamos mientras se estaban duchando no tendría que salir de la bañera a abrirnos la puerta… Supongo que ocurrió algo así.

De nuevo asintió Baby contemplando amablemente al joven agente de la CIA que, indudablemente, estaba un poco impresionado por el hecho de estar colaborando con la espía más peligrosa del mundo, la niña mimada de la CIA y de todos sus agentes.

—Entremos en la lancha —dijo.

Simón III colocó junto a la embarcación una escalera de mano y ambos subieron por ella y saltaron a cubierta. La luz del almacén era amarillenta y escasa, casi siniestra. Sólo al fondo, en una especie de altillo encristalado que sin duda albergaba algo parecido a una

oficina, se había encendido un tubo fluorescente, que producía una iluminación espectral.

—Me pregunto por qué todos los muelles tienen que ser tan tétricos —protestó la espía.

—Quizá consideran que para lo que se hace en ellos hay suficiente con unas cuantas bombillas.

—Pues no será con esta luz que encontremos algo pequeño en la lancha, así que tendremos que encender la propia de ella. Esperemos que las baterías no estén agotadas.

Las baterías estaban en condiciones normales, y la luz del interior de la lancha resultó más que suficiente para ver bien. Las pisadas de ambos en el reducido espacio sonaban de un modo sordo. Era extraño estar en una embarcación en seco.

—¿Qué hacemos? —preguntó Simón III—. ¿Lo vamos arrancando todo…?

—Eso sería en último extremo. De momento, simplemente, busquemos algo pequeño que puede estar escondido en cualquier rendija, o detrás de cualquier cosa, como platos o vasos… Es una lancha muy pequeña.

—Yo no creo que Moore dejase aquí algo tan importante.

—¿Por qué no?

—Bueno, yo no lo habría dejado… y supongo que un agente entrenado por la CIA se parece mucho a otro agente entrenado por la CIA.

—Seguramente tiene razón —admitió Baby—, pero no perdemos nada echando un vistazo… Si acaso, un poco de tiempo, nada más.

—De acuerdo.

—Sería conveniente que primero examinase usted la cabina de mandos —reflexionó ella—… Luego vuelva aquí y nos repartiremos el interior, registrando uno la mitad de estribor y el otro la mitad de babor.

—*Okay*.

Simón III subió a la pequeña cubierta, y examinó el tablero de mandos detenidamente. La cabina era diminuta, y no fue nada complicado registrarla con un simple repaso visual. Había debajo del volante un pequeño compartimiento que el agente de la CIA abrió. Contenía una pequeña caja de herramientas y varios mapas y algunas cartas de navegación. Lo sacó todo y lo dejó en el asiento…

No parecía que hubiese nada más en tan reducido espacio, pero metió la mano y lo fue palpando todo.

No había nada.

Todavía examinó toda la cubierta y los posibles pequeños escondrijos en ésta antes de cargar con los mapas y cartas de navegación y regresar al interior de la lancha. La agente Baby estaba removiendo el contenido del pequeño armarito con utensilios de cocina que había sobre la pequeña pila de acero inoxidable. Se volvió a mirarlo.

—¿Qué trae ahí? —Alzó las cejas.

—Mapas y cartas de navegación… Tal vez en alguno de ellos encontremos alguna anotación o señal que pueda sernos útil.

—Podría ser —aceptó ella—, pero eso ya lo haremos por la mañana en Atenas. Ahora interesa aseguramos de que Moore no dejó nada importante aquí. Usted dedíquese a estribor.

—Muy bien.

Los mapas y cartas de navegación quedaron sobre una litera, y el joven Simón III comenzó el registro de la parte de estribor de la lancha. Y solamente hacía un par de minutos que estaba dedicado a ello cuando oyó la exclamación de Baby. Se volvió a mirarla vivamente, y todavía la vio volviéndose hacia él. Primero, Simón III vio los azules ojos con la expresión de triunfo. Luego, entre los finos dedos de la espía vio la pequeña cápsula reluciente que ella le mostraba.

—Demonios —jadeó Simón III.

—Me parece —exclamó ella— que no hemos perdido ni siquiera el tiempo.

—Pero… ¿qué es eso?

—¿Cómo, que qué es esto? ¡Una cápsula metálica! ¡Y no creo que con tenga carne en conserva, precisamente! ¡Hemos encontrado el microfilme, Simón!

* * *

—En definitiva —dijo Simón-Atenas—, no deberíamos sorprendernos tanto: cuando usted interviene en un asunto todo el mundo sabe que las cosas nunca siguen sus rumbos habituales.

—Tampoco es tan extraordinario encontrar una cápsula con un

microfilme en su interior —protestó Baby.

—¿No le parece a usted extraordinario? —Se pasmó el hombre de la CIA en Atenas—. Mire, han estado aquí unos asesinos…, o uno solo, según creemos, que después de su golpe de audacia no han conseguido nada. Moore y la muchacha llevaban tras sus talones a una jauría desde Libia, no podemos dudarlo, y éstos tampoco consiguieron alcanzarlo… Moore y la muchacha debieron de pasar tales momentos de apuro, no sólo durante la fuga por mar, sino en Libia, qué pudieron haberse deshecho del microfilme de mil maneras… Pero no. Ni los alcanzan en Libia, ni en el mar, y cuando los alcanzan y los matan en Grecia, el microfilme no lo tienen encima, ni dentro de un estuche de barra de carmín… Lo han dejado en una lancha escondida…, y va usted, simplemente, y lo encuentra. ¿De verdad esto no le parece extraordinario?

—Bueno, la verdad es que sí, un poquito —terminó por sonreír la hermosa negra.

Pero su sonrisa se esfumó cuando vio los dos «paquetes» colocados en un lado del saloncito del chalé, a la espera de ser recogidos para su traslado a Estados Unidos. Había sido todo tan rápido que ella y Simón III habían regresado al chalé antes de que los «servicios de recogida» de la CIA funcionasen.

Baby se sentó en una de las butacas, y encendió un cigarrillo, quedando pensativa, observada por los más que admirados agentes de la CIA reunidos en la casa de la playa.

Por fin, Simón-Atenas preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora?

Ella alzó la cabeza, y lo miró, pero como sin verlo. Reaccionó rápidamente.

—Nos iremos todos, naturalmente —dijo—. Sólo esperaremos que se lleven los dos cadáveres, y desapareceremos.

—De acuerdo. En Atenas podremos dedicarnos a revelar el microf…

—Me parece que no me ha entendido —le interrumpió suavemente Baby—. He dicho que desapareceremos. Pero no de esta casa, de este lugar, no sólo de Atenas, sino de Grecia. Todos los que hemos intervenido en este asunto tenemos que apresurarnos en desaparecer sin dejar rastro alguno. Y por separado.

—No sé si la entiendo bien —murmuró Simón-Atenas—… Y los

muchachos tampoco entienden su idea.

—Pues es muy fácil de entender… Ya hablamos de que sin duda esta casa debe de estar vigilada por el asesino, y, a estas alturas, posiblemente por varios de sus cómplices que habrán acudido a ayudarle. Ellos no tienen el microfilme, naturalmente…, y no creo que estén conformes con esta solución. Han debido de observar el corto viaje de Simón III y yo, nuestro rápido regreso… Si levantamos el campo sin seguir buscando más, comprenderán que tenemos el microfilme…, y dudo mucho que acepten eso sin demostrar su… disconformidad.

Los agentes de la CIA estaban pasmados. Simón II murmuró:

—¿Quiere decir que nos atacarán?

—Por supuesto. Y no quiero más muertes.

—Oh, vamos… Somos en total casi una docena de agentes de la CIA, lo que significa un grupo suficientemente…

—Simón: he dicho que no quiero más muertos.

—Pero somos…

—Usted debe de ser sordo —cortó secamente Baby.

El agente de la CIA palideció levemente, y no dijo nada más. Baby fue mirando a los demás, por si tenían algo que decir, pero nadie dijo nada. Ella asintió, estuvo fumando pensativa otro minuto, y finalmente dijo:

—Abandonaremos Grecia temporalmente. Quiero una desbandada general y discretísima, cada uno por su lado. Imagínense que de pronto consiguen una semana de vacaciones estupendas, pero que si alguien conocido les ve todavía podrían arrebatárselas… ¿Comprenden mi idea?

—No muy bien —gruñó Simón-Atenas.

—Pues estoy diciendo bien claramente que, uno a uno, y a la chita callando, sin decir adiós a nadie, sin volver por sus alojamientos respectivos, sin hacer ni una sola llamada telefónica o por radio, y ciertamente haciendo todo lo posible para que nadie pueda seguir sus pasos de ninguna manera, abandonen Grecia, y nadie vuelva a saber nada de ustedes hasta dentro de una semana, en que se presentarán por medio de una llamada de su radio de bolsillo en la *station* de Atenas: alguien estará esperando allí para darles instrucciones.

—Pero… ni siquiera tenemos dinero… Sólo llevamos…

—Yo les daré dinero. El imprescindible, pues no he podido traer mucho en este viaje tan de emergencia, pero tendrán suficiente para arreglárselas durante una semana. ¿Algo más?

—Naturalmente —murmuró Simón-Atenas—, usted se da cuenta de que si todos nosotros abandonamos Grecia dejamos un vacío en todo el sistema operativo de la CIA en Europa, y que toda nuestra red de Grecia va a quedar completamente anulada durante una semana.

—Me doy perfecta cuenta.

—¿No le parece que su precaución es excesiva? Podríamos…

—¿Usted también es sordo?

—No —masculló el espía—, no soy sordo.

—¿Entonces…?

—Usted manda.

—Parece que lo estaban olvidando. Mi intención es llegar a París por mis propios medios, y allí entregar el microfilme a nuestra *station*, para que sea inmediatamente revelado, por si el contenido requiriese una reacción urgente por nuestra parte…

—¡Pero si eso fuese así sería más conveniente revelarlo en Atenas…!

—Ya he dicho que no. Bien, empiecen a marcharse, uno por uno, como quien no quiere la cosa… Los últimos en marchar seremos Simón I y yo, después que hayan venido a recoger los cadáveres. ¿Podría conseguirme un helicóptero, Simón?

—Naturalmente.

—Mi intención, a fin de acelerar mi viaje a París, es saltar a Italia en helicóptero…, pero no a Roma, ni a ninguna ciudad demasiado importante, de momento. Creo que lo mejor sería que el helicóptero me llevase a Brindisi… Desde aquí, iría en tren hasta Bolonia, y luego iría en coche hasta Venecia, donde tomaría el avión con destino a París.

—No pretendo ser más listo que usted, pero podemos dejarla en Ellinikon, de modo que esta misma noche podría salir hacia París en avión, sin mayores problemas.

—¿Usted cree que no habría «mayores» problemas? Pues en mi opinión existe el riesgo de que alguien me vea tomar ese avión con destino a París, y avise por teléfono allá, de modo que cuando llegase a Orly podrían estar esperándome una docena de personajes

como el que ha torturado y asesinado a Nick Moore.

—También podrían estar esperándola una docena de compañeros nuestros.

—¿Cómo he de decir que no quiero más enfrentamientos, que no quiero más muertos? —Se enfadó la espía—. Las cosas se harán como yo he dicho, y eso es todo. Ocúpese de conseguirme el helicóptero, y advierta al piloto que el viaje será largo. Eso es todo.

—De acuerdo.

* * *

Una furgoneta se llevó los cadáveres de Nicholas Moore y Naria Akhuba Luego, Simón-Atenas, que era el último agente de la CIA que quedaba en la casa con Baby se fue simplemente caminando, asegurando que ella no debía preocuparse por su seguridad.

Baby permaneció en la casa todavía durante unos cinco minutos, yendo de un lado a otro de ella, mirando en todas partes, como si temiera dejarse alguna cosa. Luego, se encaminó hacia el embarcadero, saltó a la lancha con la cual había sido recogida horas antes, y zarpó mar adentro.

Ni siquiera llevaba navegando diez minutos cuando apareció el helicóptero, cuyas luces emitieron unos destellos convenidos. Baby contestó del mismo modo utilizando una linterna, y el helicóptero fue descendiendo hasta quedar encima mismo de la lancha, que ya la espía había detenido por el simple procedimiento de parar los motores. Sin problema alguno, la hermosa negra trepó al helicóptero, que en el acto comenzó a tomar altura.

—¿Qué tal? —Saludó el piloto, mostrando unos dientes encantadoramente blancos—. Soy Simón-Helicóptero. A sus órdenes.

—Hola, Simón. Encantada y gracias… Pero espere, no se aleje tan pronto de esta zona.

—¿Ocurre algo?

—No, no… Sólo dé una vuelta alrededor de la lancha.

—Okay.

Ni siquiera tuvieron tiempo de describir un círculo completo sobre la lancha antes de que ésta estallase. Se produjo una seca explosión de profundo tono rojo, la embarcación saltó hecha

astillas, y una bola de negro humo, parecida a un simpático globito, ascendió hacia el cielo.

—Caray —se pasmó el piloto—, ¡usted sí que sabe cómo quemar los puentes de la retaguardia!

—En ocasiones, todas las precauciones son pocas.

—Sin duda. Bueno, hay unos seiscientos kilómetros de aquí a Brindisi, lo que significa no menos de cuatro horas de viaje…, contando con que todos los vientos nos sean favorables y no tengamos ningún problema de orden técnico. ¿Prefiere volar sobre el mar o sobre tierra firme?

—Siempre sobre el mar.

—De acuerdo. ¿Alguna otra indicación especial?

—Sí: despiérteme cuando amanezca.

Y dicho esto, la encantadora negra se acomodó en el asiento, y, para auténtico pasmo del piloto, se durmió.

* * *

—Amanecerá dentro de un par de minutos.

Baby oyó esto al mismo tiempo que notaba el contacto en un hombro, y abrió los ojos inmediatamente. Todavía era de noche, pero esto era hacia el oeste; por detrás de ellos, en el oriente, se divisaba un leve resplandor de color violáceo, que rápidamente se fue convirtiendo en rojo. El helicóptero se deslizaba sobre un mar que parecía un lecho de terciopelo.

—Éste es mi planeta —susurró la espía.

—¿Puedo decirle una cosa?

—Por supuesto.

—Ya no es usted negra.

—¿Eso le sorprende?

—¿A usted qué le parece? Mientras dormía la he estado observando, a la luz de los aparatos del tablero de mandos, y la he visto ir perdiendo el color negro hasta quedar convertida en una mujer blanca. ¿Eso no es sorprendente?

—Hoy día, Simón, la Ciencia y la Técnica están a unos niveles tan altos que los simples mortales no deberíamos sorprendernos por nada. ¿Conoce usted Brindisi?

—Lo siento, pero no. Roma sí la conozco.

—Roma también la conozco yo.

—Lo siento de veras. Por supuesto, estoy dispuesto a hacer lo que sea por usted. Sólo mande.

—Me bastará con que me deje en cualquier sitio discreto, desde donde pueda trasladarme a Brindisi sin tener que dar explicaciones a nadie. Supongo que usted se las arreglará para su entrada oficial en Italia.

—No se preocupe por mí —casi rió el espía—: hace mucho tiempo que me dedico a esto de pasar compañeros de un lado a otro de Europa, y lo tengo todo previsto. En cuanto a usted, si realmente quiere que hagamos las cosas con toda discreción, sólo hay un modo: tomar tierra cerca de una carretera, de manera que los pinos oculten el helicóptero. Usted salta, yo espero unos segundos, y vuelvo a elevarme y me alejo. Todo lo que ha de hacer es alcanzar la carretera, y, a pie o en autoestop, llegar a Brindisi. Y si como imagino, habla el italiano, no debería tener problema alguno. Molestias, sí, un poco, pero ningún problema.

—Ya estoy acostumbrada a las molestias… E incluso a los problemas. ¿Cómo puedo cambiar dólares por liras sin llamar demasiado la atención?

—Vaya al puerto, tome algo en cualquier bar, y deje ver sus dólares. Ya verá qué pronto recibe ofertas…, sobre todo si deja escapar usted un poco de acento norteamericano y simula ser una turista no demasiado inteligente.

—Entiendo —sonrió la espía—… Bien, vamos allí.

Por detrás de ellos llegaba la luz del sol naciente, y delante a la izquierda tenían la costa italiana. Era todo tan hermoso que, simplemente, los dos espías lo contemplaron en silencio.

Eran apenas las cinco de la mañana.

Capítulo IV

A las once y media de la mañana salía un tren de la estación de Brindisi hacia Bolonia, y para entonces, ciertamente, la señorita María Piamonte estaba allí, esperando.

La señorita Piamonte era una muchacha morena, que llevaba el cabello recogido en la nuca y ocultaba sus ojos presumiblemente hermosos tras los oscuros cristales de unas gafas de sol que, como el lindo vestido estival, los había comprado aquella mañana temprano en Corso Garibaldi. También había comprado unas lentillas de contacto de color oscuro, maquillaje; cigarrillos americanos en un bar del puerto, y aquí había cambiado dólares por liras a un cambio aceptable.

A las once y veinte, cuando anunciaron la próxima salida del tren a Bolonia, la señorita María Piamonte se dirigió hacia el andén indicado, caminando sin prisas, en bandolera su bonito bolso de flexible piel de color azul, cuyo contenido habría interesado grandemente a los carabinieri, aunque sólo hubiera sido por la pequeña pistola de cachas de madreperla, los dos pasaportes, y la extraña cápsula metálica que ahora se hallaba dentro del paquete de cigarrillos Lucky Strike ya empezado.

El tren salió a la hora en punto. Sentada junto a una ventanilla, María Piamonte contemplaba con expresión amable todo cuando sucedía a su alrededor, aunque sin aparentar excesivo interés, cosa que habría resultado más propio de una turista que de una chica italiana que viajaba por su patria. El compartimento abierto tenía dos bancos de tres asientos cada uno, dándose frente uno a otro. A la izquierda de María, que viajaba de cara a la marcha del tren, no había nadie. Frente a ella, y por tanto viajando de espaldas a la marcha, había una pareja muy sonriente que se habían apoderado para ellos dos de los tres asientos. El tren no iba lleno, ni mucho menos, de modo que no había problemas de asientos ni de espacio.

Brindisi quedó atrás. A la derecha se veía el mar, lejos. El cielo era de un azul intenso. Los dos jóvenes sentados frente a María eran muy parlanchines, y pretendieron atrapar a María en una conversación que, ciertamente, no ofrecía ningún aliciente, por lo que María dio a entender bien pronto que prefería contemplar el paisaje. Por fortuna, la joven pareja se apeó del tren en Bari, pero habían sido más de cien kilómetros de viaje bastante fastidioso. En Bari se apeó más gente, pero también su sumaron nuevos pasajeros al viaje… Cada vez que veía el mar, María Piamonte regresaba con el pensamiento a Malta, a Villa Tartaruga, de donde la había sacado el urgente mensaje de la CIA informándola que un Simón había sido asesinado en Grecia…

—¿Está ocupado?

María dirigió su mirada, a través de los oscuros cristales de sus gafas, directamente hacia el rostro del hombre que había hecho la pregunta. Un rostro atractivo, varonil, pero quizá de expresión excesivamente dura. Vestía deportivamente, con desenvoltura. Quizá tenía treinta y cinco años. Sus manos eran grandes, nervudas, velludas, fortísimas.

—Me parece que no —replicó María—. Había unos jóvenes, pero se han apeado.

—Gracias.

El hombre se sentó. Muy bien, allá lo tenía: María había visto a aquel hombre en la estación de Brindisi, lo recordaba perfectamente, porque a los sujetos de su catadura los catalogaba rápidamente. El sujeto en cuestión no era, ni mucho menos, un tranquilo y honesto deportista como quería aparentar. Por supuesto, había estado viajando en otro vagón, pero sin perderla de vista a ella, o, en cualquier caso, en complicidad con quien la había estado vigilando y que ahora cedía su puesto al deportista de las manos velludas. Cambio de turno.

María encendió otro cigarrillo. La única duda que tenía era respecto al lugar y al momento en que sus adversarios entrarían en acción. Respecto a lo demás, tenía ya muy pocas dudas, por no decir ninguna.

—¿Va usted muy lejos?

Miró sorprendida al sujeto de las manos velludas, que la miraba con gesto pretendidamente simpático.

—A Bolonia —dijo amablemente.

—Caramba, eso sí queda lejos.

—No tengo prisa.

—¿Es usted de allá, de Bolonia?

—No. Soy romana.

—Ah, romana… Conozco Roma.

—Claro —sonrió María—… Todos los italianos conocemos Roma.

—Desde luego que no —se sorprendió el sujeto—… Le aseguro que todavía hay mucha gente que incluso cree que Roma está en la costa. Gente italiana como usted y yo, se entiende.

—Me parece increíble.

—Tiene razón, pero así es. ¿Viaja por trabajo?

—No. Estoy de vacaciones.

—Afortunada usted… Yo viajo por trabajo. Debería hacerlo en coche, pero ahora, en época de vacaciones, las carreteras están muy transitadas, y el riesgo de accidentes aumenta muchísimo. Vale la pena perder un poco de tiempo a cambio de mayor seguridad. Y además, el aire acondicionado del tren es estupendo, ¿no le parece?

—Ciertamente.

—¿Viaja sola?

—Así es.

—Hace falta tener mucho carácter para viajar sola, lo sé por experiencia. A veces todo parece, de pronto, tremendamente aburrido y vacío.

—Nunca se me ha ocurrido pensar nada semejante. Y nunca me ha parecido que fuese aburrida y vacía la soledad.

El hombre la miraba con suma atención, como si pretendiera ver sus ojos a través de los oscuros cristales. ¿Quería asegurarse de que sus ojos eran azules? La señorita Piamonte apretó los labios para retener una sonrisa sarcástica, y decidió poner a prueba la calidad profesional del sujeto. Se quitó las gafas, dejando al descubierto sus ojos protegidos por las lentillas de contacto de color oscuro. El hombre los miró vivamente, y aunque su rostro permaneció impasible, María captó perfectamente en sus ojos el desconcierto. Ella se pasó la mano por la cara, en un gesto soñoliento, y volvió a ponerse las gafas.

El sujeto había quedado mudo. De repente, miró el bolso azul de

María, frunció el ceño, y quedó pensativo. María Piamonte, realmente, tenía que hacer esfuerzos por no sonreír despectivamente, y, por supuesto, había catalogado ya al sujeto: era un personaje de poca categoría…

De repente, el hombre se puso en pie, y salió al pasillo, dirigiéndose acto seguido hacia la parte de atrás del vagón. Apenas dos minutos más tarde, apareció otro hombre, que ocupó el lugar del que había desaparecido. María lo miró apaciblemente, y dijo:

—Ese asiento está ocupado, señor.

—No se preocupe por eso.

—Allá usted, pero me parece que se está complicando la vida.

El otro sonrió, y eso fue todo. Era diferente al anterior. Vestía un traje de verano de color crema, corbata a juego, camisa blanca, zapatos impecables.

Era elegante y parecía inteligente, si bien menos fuerte, menos espectacular que el anterior. Habría parecido algo más atractivo si su rostro no hubiera resultado tan frío.

—Déjeme ver su bolso —dijo de pronto el sujeto.

—¿Qué…?

—Su bolso. Y si no hace lo que le digo sin armar alboroto será usted la que se complicará la vida.

La mirada de María localizó rápidamente la pistola que empuñaba el sujeto con la mano izquierda, que mantenía sobre el muslo izquierdo, cerca de la cadera, de modo que el arma no podía ser vista desde el pasillo.

—Pe-pero esto es… es una…

—¿Quiere que le meta una bala en el vientre? —ofreció el hombre, secamente.

María tragó saliva como con dificultad, y le tendió el bolso. El hombre lo cogió con la mano derecha, diciendo:

—Permanezca completamente quieta. Si percibo en usted el más leve movimiento, dispararé, sin importarme adonde vaya a clavarse la bala. ¿Comprende?

Ella asintió con un gesto. El hombre metió la mano dentro del bolso, uno de esos bolsos informales en los que parece caber todo. Sacó dinero italiano, billetes norteamericanos, cigarrillos, los dos pasaportes, la pistola… Lo fue mirando todo rápidamente. Sus labios permanecían apretados en un gesto duro y hostil, pero tras

mirar la pistolita dirigió una mirada irónica a la inmóvil María Piamonte.

—Curioso artefacto —dijo—… Quítese las gafas.

María se quitó las gafas, él contempló sus ojos oscuros, sonrió desdeñosamente, y dejó caer la pistola de ella dentro del bolso. Dedicó su atención a los dos pasaportes. Uno de ellos iba a nombre de la ciudadana norteamericana Lili Connors, cuya fotografía mostraba una bella muchacha de ojos azules y cabellos rubios. El otro era un pasaporte de la Unión Soviética, a nombre de Galina Cherkova, y la fotografía correspondía casi exactamente a la misma Lili Connors, es decir, una rubia muchacha, de ojos claros.

—Fiuuu —silbó el hombre—… ¡Usted sí que es interesante!

—¿Qué es lo que quiere usted? —preguntó fríamente María.

—Adivínelo. Estoy seguro de que puede conseguirlo fácilmente. Vamos, haga un esfuerzo: ¿qué cree usted que puedo querer?

—¿Una cápsula que contiene un microfilme?

—Me parece que nos vamos a entender muy bien usted y yo —murmuró el hombre—… Muy bien: entrégueme esa cápsula.

—No la tengo.

—No la tiene —murmuró el hombre, mirándola amenazadoramente—… Vamos, no sea estúpida.

—Me la he enviado a mí misma, en un pequeño paquete urgente, a una dirección de París.

—Si realmente ha hecho eso dese por muerta.

—No veo por qué se ha de tomar las cosas de modo tan violento… Podemos hacer un trato: vayamos juntos a París y allá negociamos el asunto.

—De manera que realmente tiene usted muchas agallas, ¿eh?

—No me asustan los sujetos como usted, simplemente.

—Ya. Dígame a qué nombre y dirección de París ha enviado ese paquete.

—Está bromeando —sonrió Maria Piamonte.

—¿No quiere decírmelo?

—Escuche, ¿por qué no deja de hacer el bravucón y me envía a alguien con quien realmente se pueda hablar en serio e inteligentemente? No estoy de humor para tratar con mercenarios de tercera categoría, ¿comprende?

—¿Qué pretende? ¿Que le meta un par de balas en el cuerpo?

María Piamonte le miró despectivamente, se puso de nuevo las gafas de sol, y no se molestó en contestar, regresando su atención al paisaje. El hombre palideció, dejó a un lado el bolso de ella con todo su contenido, y se echó hacia delante en el asiento, agresivamente. Su mano derecha asió a María por la parte del pecho del vestido, e inició el gesto para dar un tirón y atraer brutalmente a la despectiva viajera, mascullando:

—¿Qué se ha creído…?

La mano derecha de María Piamonte se adelantó, y desvió con veloz y hábil gesto la pistola que empuñaba el sujeto con la izquierda. La mano izquierda de María golpeó en la sien derecha del hombre, con el canto. Se oyó el seco impacto, el hombre emitió un sonido parecido a un ronquido, puso los ojos en blanco, y murió. Habría rodado por el suelo si María no le hubiera empujado hasta sentarlo tal como estaba antes, frente a ella. Retiró la pistola de los crispados dedos del hombre, la guardó en su bolso, y se puso en pie.

El tren iba reduciendo la marcha, es decir, que se aproximaban a una estación en la que tenía parada.

María salió al pasillo, y caminó por éste hacia la cola del tren, como poco antes había hecho el deportista… Encontró a éste en el siguiente vagón, sentado en solitario en un compartimento. El hombre estaba fumando, y casi se atragantó. Se quedó mirando con expresión de espectacular sobresalto a María, que a su vez le contemplaba irónicamente, con la mano derecha metida dentro del bolso. La mirada del hombre fue hacia el bolso, captó el gesto, comprendió que ella le estaba apuntando con un arma. Su mirada volvió hacia los ojos de María, es decir, hacia los oscuros cristales que los ocultaban.

El hombre de las manos velludas se pasó la lengua por los labios, y eso fue todo.

María Piamonte sacó la mano derecha del bolso, mostrando, en efecto, la pequeña pistola firmemente empuñada. Apuntó al corazón del sujeto y disparó.

Plof, sonó el suavísimo chasquido de la pistola. El hombre emitió un grito ahogado, efectuó un pequeño brinco, y se relajó completamente, muerto en el acto. La bella María guardó la pistola en el bolso, y se dirigió hacia la salida del vagón Pocos segundos más tarde, el tren se detenía. La estación era Barletta. María se

apeó, tranquilamente, y se apartó del tren. Se apeaban otras personas, y algunas se encaramaban rápidamente. El tren emitió un silbido, y reanudó la marcha. Las personas que se habían apeado abandonaban el andén.

María permanecía inmóvil bajo el reloj que sobresalía de la pared, ofreciendo dos caras, una a cada dirección de la vía.

Finalmente, en el andén sólo quedó María Piamonte…, y un hombre que también se había apeado del tren, y que la contemplaba fijamente, inmóvil. Estaba a unos treinta metros de María, que podía verlo perfectamente: quizá tendría cuarenta años, parecía muy sereno, muy tranquilo, y vestía con vulgar austeridad.

No debía de medir menos de metro ochenta y cinco, sus hombros eran muy anchos. Movió la cabeza con un gesto, que a María Piamonte le pareció encantador, como de poeta sacudiendo su melena, y acto seguido comenzó a caminar, acercándose.

Se detuvo a menos de tres metros de ella, y preguntó, en ingles:

—¿Le parece bien que conversemos?

—¿Sobre qué tema?

—Sobre esa maldita cápsula con el microfilme. Soy Ignacio Ilief, de la embajada rusa en Roma.

María Piamonte quedó verdaderamente atónita.

—¿Qué? ¿Quién ha dicho que es usted?

—Ignacio Ilief, diplomático ruso, actualmente residente en Roma.

—Ya lo oí, ya, pero creí no haber entendido bien…, o que pretendía tomarme el pelo.

—No pretendo tomarle el pelo. Tengo entendido que es usted una mujer sumamente peligrosa.

—Tal vez.

Ignacio Ilief hizo un gesto como de asentimiento, y acto seguido miró perplejo hacia donde el tren se perdía en la distancia.

—Es extraño que mis dos acompañantes no se hayan apeado al ver que lo hacía usted.

—Están muertos —informó secamente María.

El ruso respingó, y la miró con auténtico sobresalto. María se convenció de repente de que aquel gigante no estaba haciendo comedia, que era lo que decía ser, y que era la primera vez en su vida que se encontraba en situaciones de aquella clase, es decir, de

espionaje violento.

—¿Los ha matado usted? —preguntó él, por fin.

—Sí. No me gusta que me maltraten. Ni me gusta tener cerca de mí asesinos profesionales de tres al cuarto. Las cosas estarían ahora de otro modo si hubieran sido agentes de la KGB, pero eran sólo matones de cierta importancia. ¿Usted no lo sabía?

—No exactamente, aunque sospechaba algo así —Ilief se acercó un par de pasos más—... Me dijeron que debían acompañarme por si tenía problemas, pero sobre todo para controlarla a usted hasta que llegáramos a Foggia, donde hay un coche a mi disposición en la estación, para regresar con él a Roma.

—Con él y con el microfilme, claro —sonrió María.

—Claro —sonrió también Ilief—... Pero tengo la impresión de que no está usted muy dispuesta a entregármelo.

—Tal vez lo haría, pues usted me cae bien, pero la verdad es que ese microfilme está camino de París. Me lo he enviado allá a mí misma, a una dirección de seguridad.

—Ah. Es una buena idea. De modo que no hay microfilme...

—No, no hay microfilme.

—Me pone usted en un aprieto.

—De veras lo siento —sonrió de nuevo María.

—Me parece que no es cierto —gruñó él—. Usted no lamenta esto en absoluto. Sin embargo, si supiera la importancia de ese microfilme me lo entregaría. No contiene nada perjudicial para la CIA, se lo aseguro.

—Pero será perjudicial para otras personas.

—Eso no lo sé, pero me parece que no.

María Piamonte estaba realmente intrigada por la intervención y la personalidad del ruso. Señaló el reloj de la estación, y dijo:

—Ha pasado de sobra la hora del almuerzo. Tal vez usted y yo podríamos charlar un rato mientras nos comemos una *pizza*. ¿Qué le parece?

—Es una buena idea —aceptó él—, siempre y cuando me permita invitarla. Suele haber pequeños restaurantes o pizzerías cerca de las estaciones. Vamos a ver si encontramos uno.

Encontraron un pequeño *ristorante* apenas a cien metros de la estación, en efecto. Cada uno pidió una *pizza*, y María una botella de vino Valpolicella, que mereció un gesto de aprobación por parte

del ruso. Afuera hacía un calor tremendo, pero por fortuna el local tenía aire acondicionado. Se estaba muy bien allí, mientras los dos matones eliminados viajaban hacia Bolonia.

—No querrá creerme, pero hacía mucho tiempo que tenía deseos de comerme una *pizza* tranquilamente, y beberme una botella de buen vino. Imagínese, conseguir eso y además poder contemplar una muchacha tan hermosa como usted… ¿Le importaría quitarse las gafas?

María se las quitó, y dijo:

—Hablemos en serio, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —aceptó Ignacio Ilief.

Capítulo V

—En resumidas cuentas —dijo María—, lo desplazaron a usted rápidamente asegurándole que yo era persona que atendía razonamientos, pero por si acaso no era así, le acompañaban dos sujetos que debían… hacerme entrar en razón.

—Sí. Y siento mucho que esos dos fuesen tan poco… amables.

—Olvídelos —dijo fríamente María—. Esa gente siempre está mejor muerta que viva, Ignacio, puede estar seguro de ello. Ahora, hablemos un poco de mí: en efecto, soy la agente Baby, de la CIA, suelo ser muy razonable, y casi siempre prefiero que todos quedemos lo más contentos posible. Sin embargo, en esta ocasión, han asesinado a uno de mis compañeros, y cuando eso sucede suelo comportarme de un modo bastante intransigente. Pero dejemos eso, ahora… Usted dígame qué contiene el microfilme, y quizá yo llegue a la conclusión de que lo mejor que puedo hacer es entregárselo. ¿Qué contiene?

—La ubicación de un nuevo campamento que los reúne a todos —dijo con voz tensa Ilief.

—Un campamento… ¿de qué?

—De entrenamiento.

—De entrenamiento… ¿de qué?

—De hombres.

—De hombres. Ya. ¿Qué le ocurre? ¿Está molesto por algo? O hablamos claro o cada cual sigue su camino. Veamos, un campamento de entrenamiento de hombres. De acuerdo. ¿Qué clase de hombres, qué clase de entrenamiento?

—Terroristas.

Ignacio Ilief estaba o parecía realmente molesto. María estuvo mirándolo fijamente casi un minuto antes de murmurar:

—Me parece que no le gustan los terroristas, ¿verdad?

—No. Nada.

—A mí tampoco. Y si he entendido bien por fin, el asunto es el siguiente: mi compañero de la CIA consiguió en Libia un microfilme que muestra el emplazamiento y posiblemente algunas instalaciones, y hasta grupos de terroristas, de un campamento de entrenamiento gigante en alguna parte de Libia. Ese campamento, es decir, esa especie de cuartel, suprime todos los pequeños campos en los que hasta ahora se han estado entrenando cientos de terroristas bajo el asesoramiento de personal soviético. ¿Es correcto esto?

—Me temo que sí.

—Muy bien. De manera que eliminan los pequeños campamentos para instalar uno solo gigante. A primera vista, eso parece una imprudencia, pues siempre llamará más la atención un enclave como ese que uno pequeño. Además, siempre es mejor tener muchos campamentos pequeños, pues si ha de suprimirse uno quedan los demás y no pasa nada. Es muy comprometido y complejo un solo campamento gigante. Sin embargo, en Libia se está haciendo así. ¿Por qué?

—No lo sé.

—Ignacio, estas cosas no se hacen porque sí. Me inclino a creer que se está preparando algo especial, que requerirá muchos terroristas, quizá mil, y que además han de estar muy bien preparados y conjuntados, y es por esto que los reúnen a todos en un solo campo de entrenamiento, para instruirlos a la vez de modo que no queden dudas de que todos han entendido perfectamente las mismas instrucciones de los mismos profesores o entrenadores. Comprende usted esto, ¿verdad?

—Sí.

—Muy bien. ¿Qué están preparando en ese campamento gigante?

—Ya le he dicho que no lo sé. Pero me encargaron que le dijera a usted que la CIA no debe preocuparse en absoluto.

—Tal vez la CIA no, pero… ¿qué me dice del resto del mundo?

—Quiero decir que ese campamento no significa peligro para nadie.

María quedó estupefacta unos segundos. Sacudió la cabeza con un gesto cómicamente gracioso.

—¿Usted sabe lo que dice? Se reúnen en un campamento mil

terroristas para recibir instrucciones… ¿y nadie debe preocuparse por ello? ¿Sabe una cosa? —Comenzó a enfadarse María—: me parece que no quiero seguir conversando con usted. Es más, ni siquiera le permito que me invite a almorzar. La conversación ha terminado.

—O sea, que no piensa usted entregarme el microfilme, ni aquí ni en París.

—Desde luego que no.

—Lo siento por usted, pues me resulta simpática —sonrió ahora de modo muy diferente Ignacio Ilief—, pero dada su actitud no tenemos más remedio que matarla, quitarle todo lo que lleve encima, y procurar encontrar el microfilme en París por nuestros propios medios… si es que realmente lo envió, pues la verdad es que pienso que lo lleva encima, y que posiblemente se las ha arreglado para revelarlo, quizá durante su vuelo en helicóptero, quizá durante esas dos horas y pico que estuvo paseando por Brindisi. Una mujer como usted debe de tener recursos para todo.

—Para casi todo —murmuró María, poniéndose de nuevo las gafas—… Aunque también se me puede engañar, ya ve usted. O sea, que ni es diplomático, ni es un buen muchacho, ni estamos solos aquí.

—Exacto —sonrió Ignacio—… Soy de la KGB, sé perfectamente que con Baby no se juega, y por tanto en todo momento me he asegurado de que usted estaba bien controlada. Un par de amigos míos han bajado en esta misma estación, pero por el otro lado del tren, de modo que usted no ha podido verlos. Han entrado en el ristorante un minuto después que nosotros, y ocupan una mesa detrás de usted y un poco a la derecha.

María asintió, y volvió lentamente la cabeza. Allá estaban… Era la pareja charlatana, los dos jóvenes que habían pretendido atrapar a María en una conversación inútil nada más salir el tren de Brindisi, y que se habían apeado en Bari ostensiblemente…, para volver a subir al tren en uno de los últimos vagones sin ser vistos por María.

Ésta volvió de nuevo, la cabeza hacia Ilief.

—Ya. Están ustedes muy bien organizados.

—Ya le he dicho que sé que con usted no se juega.

—Y también me ha dicho el contenido del microfilme…, pero

supongo que es una mentira.

—Claro —sonrió Ilief.

Ella encendió un cigarrillo, y de pronto también sonrió.

—No, no me ha mentido en eso. Me ha dicho la verdad, es decir, que el microfilme muestra el emplazamiento de un campamento gigante de terroristas, así como grupos de éstos, mapas… Y ha sido sincero en eso porque estaba seguro de que yo ya había revelado el microfilme, y quería parecerme sincero y buen muchacho. De modo que lo del campamento es cierto…, pero sí se derivará algo malo para alguien, lógicamente. Están preparando una gran acción terrorista, ¿no es así? ¿Qué acción? ¿Qué están tramando ahora ustedes y ese chiflado de Gadafi?

—Ya que tan lista es, adivínelo —sonrió una vez más Ilief—. ¿Cómo es posible que no hayan revelado todavía el microfilme? Francamente, tiene usted una manera muy peculiar de trabajar, Baby.

—Pero siempre llego adonde me propongo.

—Sí, es cierto —Ignacio Ilief entornó los párpados, como consiguiendo así escrutar mejor a la espía americana—… Todo lo que usted ha estado haciendo hasta ahora es bastante absurdo, pero supongo que no para usted, que debe de tener las ideas muy claras. Nos está engañando a todos, ¿verdad?

—Sí, a todos —sonrió María Piamonte; se tocó la frente con un dedo—… Si usted supiera lo que hay aquí dentro se le pondrían los pelos de punta.

—Estoy seguro de que sí —Ilief se pasó la lengua por los labios, que de pronto sentía secos y rígidos—… Mire, nosotros queremos ese microfilme: entréguenoslo, y todos saldremos ganando.

—¿Todos? ¿Qué me dice de esa acción terrorista que están preparando en ese campamento gigante en Libia?

—Le repito que eso no debe preocuparla. No es cosa de ustedes, es una cosa interior, es una cosa nuestra.

—Explíquemela. Si me convence, no sólo no la repetiré a nadie, sino que le devolveré el microfilme. Tiene mi palabra.

Pese al aire acondicionado del local, en la frente de Ignacio Ilief aparecieron unas gotas de sudor. El ruso miraba fijamente los oscuros cristales de las gafas de María Piamonte, que permanecía inexpresiva…, y que captó el titubeo de su colega soviético; un

magnífico colega, que había conseguido tenerla engañada a ella durante casi una hora. Un buen espía, sin duda alguna.

—No puedo —susurró por fin Ilief—… ¡Maldita sea, no puedo decirle nada de ese asunto, acéptelo así!

—Yo no acepto lo que no entiendo, Ignacio. ¿Qué es, o que está ocurriendo… o qué es lo que va a ocurrir? ¿Qué pretenden con ese campamento gigante con mil mercenarios o más?

—Vamos a salir de aquí usted y yo caminando tranquilamente —dijo como respuesta el ruso—… Si intenta algo, mis compañeros la matarán.

—¿Y si me muestro dócil, si no intento nada?

—Iremos los cuatro a Foggia, donde, como ya le dije, nos están esperando. Y le advierto que sería mejor para usted que tratara sólo conmigo, que no llegara tan siquiera a conocer a Otto Motz.

—¿Quién es Otto Motz?

—Salgamos —gruñó Ilief—. Usted se lo ha buscado.

Ignacio Ilief pagó la cuenta, y se dirigieron hacia la puerta. María se las arregló para pasar cerca de la mesa ocupada por los dos jóvenes parlanchines, que la contemplaban irónicamente. Se detuvo, y les sonrió amablemente:

—¿No nos conocemos de algo ustedes y yo? —Inquirió.

El muchacho y la muchacha rieron, y eso fue todo. Ilief empujó suavemente a María, y salieron del ristorante. El sol caía como fuego. Detrás de ellos salieron los dos jóvenes.

—¿Y cómo vamos a ir a Foggia? —Indagó María—. ¿Tomaremos el próximo tren?

—No. Robaremos un coche. Ellos lo harán.

—Dígales que procuren elegir uno que tenga refrigeración.

Ilief soltó un gruñido, y eso fue todo. Se alejaron en dirección a la estación, y se detuvieron muy pronto a la sombra de un árbol insólitamente frondoso. Había muy poca gente en la calle. Ilief le quitó el bolso a María, y lo abrió. Al parecer ni se le ocurría que ella podía matarlo allí mismo y en un instante, con sólo un golpe; parecía considerar que ella se daba mansamente por prisionera. Pero en realidad, ninguno de los dos engañaba al otro: Ilief quería el microfilme, y ella quería seguir el juego, seguir avanzando, lo que le permitiría conocer a otro personaje más de aquel juego: Otto Motz…

—Galina Cherkova, ¿eh? —Masculló Ignacio—. Usted se atreve a todo.

—Hace muchos años que utilizo ese pasaporte ruso —sonrió ella.

—Pues el juego se le ha terminado.

Ella le miró, sonrió levemente, y eso fue todo. Ilief tuvo en las manos el paquete de cigarrillos que contenía la cápsula metálica, pero no se le ocurrió que una espía de la categoría de Baby utilizase recursos tan simples, y se limitó a sacar un cigarrillo y encenderlo.

Ni siquiera lo había terminado cuando apareció el Audi 2000 de color plateado, que se detuvo ante ellos. Al volante iba el joven charlatán, y junto a él su linda compañera. Ilief abrió la portezuela izquierda de atrás, y María se metió en el coche. Él entró tras ella. El coche, en efecto, disponía de aire acondicionado.

—Cuando lleguemos allá, el tren ya habrá pasado —dijo el muchacho—, y al no vernos Otto quizá se marche, o siga al tren por carretera…

—Otto no sabe en qué tren podemos llegar —gruñó Ilief, de mal talante.

—Y además, nuestro tren tardará más de la cuenta en llegar a Foggia —dijo María Piamonte—, porque antes descubrirán muertos a sus amigos, alguien dará la alarma, el tren se detendrá…, y pasará mucho rato antes de que se ponga de nuevo en marcha. Vamos, muchachos, no se preocupen: Otto estará allí en Foggia, esperándonos.

* * *

Otto Motz sabía ya que algo había sucedido en el ferrocarril, porque había una gran agitación fruto de la impaciencia en la estación de Foggia, donde él llevaba esperando desde primeras horas de la mañana. Nadie sabía decir qué ocurría, pero el hecho cierto era que algo ocurría, y, con su instinto de aventurero, Otto había comprendido ya que casi con toda certeza lo que había ocurrido en el tren estaba relacionado con sus compañeros y con la espía americana. El tren llevaba mucho retraso, mucho más del que podía considerarse como «normal», y la situación se iba complicando por momentos.

Eran las cuatro de la tarde, y apetecía cualquier cosa menos estar en una estación de ferrocarril esperando. Y hacía verdadero calor, pues Foggia se halla lejos de la costa, casi cuarenta kilómetros tierra adentro en la llanura de Apulia. El humor de Otto Motz no era precisamente bueno; es decir, que si normalmente ya era malo en aquellos momentos era pésimo.

Otto Motz medía metro noventa, pesaba ciento veinte tilos, era alemán, y llevaba tres dientes de oro; su redonda cabezota era calva, y sus manos eran enormes y de una blancura inaudita que sorprendía y repelía. Ojos de un azul clarísimo, como pretendiendo la transparencia, boca pequeña y de labios delgados, y barbilla de gladiador. Otto Motz sólo podía pasar desapercibido, fuese donde fuese, de una manera: tornándose invisible. Mas, como esto era imposible, Motz sabía que allá donde él estuviera le recordarían, y por eso estaba de tan mal humor por su larga permanencia en la estación de Foggia.

Cuando oyó su nombre se volvió como si le hubieran pinchado en la nuca con un hierro al rojo, y su gélida mirada se posó en la muchacha que estaba ya tan cerca de él.

—¿Qué demonios está pasando? —Barbotó Motz—. ¿Por qué no llegas en el tren?

—Te estamos esperando en un coche con la espía americana. Ella mató a Oskar y a Vruegel y los dejó en el tren.

Motz parpadeó, apretó los labios, miró hacia las vías por las que no acababa de llegar el tren, y asintió, comprendiendo. Se emparejó con la muchacha, abandonando ambos la estación. Cerca de ésta, Motz tenía un coche, un Lancia 1800, pero lo ignoró por el momento.

Un minuto más tarde, Otto Motz se sentaba en el asiento de atrás del Audi 2000, junto a María Piamonte, que quedó entre él y Ignacio Ilief. La muchacha ocupó su asiento junto al conductor, su joven y atractivo amigo. Todos los ocupantes del coche miraban a María Piamonte.

—Quítate las gafas —gruñó Otto.

María obedeció, y Otto pudo ver sus oscuros ojos profundizando en los suyos; captó la expresión de los ojos de María Piamonte, y sonrió fríamente.

—No te gusto, ¿eh?

—No.

—¿Tan feo te parezco?

—No es por feo: es que eres un asesino.

Otto Motz parecía fascinado contemplando el rostro de la espía americana. De pronto, sacó de un bolsillo las llaves de su coche, y las tendió a la muchacha.

—Ve a mi coche y ven detrás de nosotros. Buscaremos un sitio tranquilo donde poder conversar con nuestra prisionera.

—No soy prisionera de nadie —dijo María—: soy una invitada a ciertas conversaciones.

—Invitada, ¿eh? ¡Toma invitación!

El enorme puño derecho de Otto Motz se hundió fuertemente en el estómago de María Piamonte, que soltó un fuerte estertor y se encogió, con la sensación de que acababan de partirla en dos. Motz la agarró rudamente por los cabellos con la mano izquierda, la mantuvo alzada, y volvió a golpearle en el estómago, con igual ferocidad. María Piamonte puso los ojos en blanco y perdió el conocimiento.

Capítulo VI

Lo primero que percibió fue el zumbido de unas moscas.

Abrió los ojos, vio el cielo azul, la verde copa de un pino. Seguía oyendo zumbido de moscas. Por lo demás, el silencio era increíble, absolutamente fascinante…

—Ya ha vuelto en sí —oyó la voz femenina.

Ladeó la cabeza, y vio a la muchacha del tren, que estaba sentada muy cerca de ella, sobre una piedra. Aparecieron Otto Motz, Ilief y el joven que formaba pareja con la muchacha. Ésta tenía una pistola provista de silenciador en la mano izquierda, y miraba a María con la expresión de quien se refocila ante un banquete; seguramente, era de las que lo pasaban bien matando gente.

—Te vamos a cortar la cabeza —dijo Motz, aplicándole un puntapié sin fuerza en un costado.

Pero al recibir aquel suave golpe María tuvo la sensación de que todo su cuerpo se iba a romper en mil espasmos de dolor que le produjo la leve sacudida de su estómago. Estaba tendida en el suelo, y cuando se movió para sentarse fue como si su vientre se desgarrase. Pero apretó los labios, se sentó de modo que su espalda quedó apoyada en el tronco del pino, y miró a Motz.

—¿Y sabes por qué te vamos a cortar la cabeza? —insistió el energúmeno. María no contestó. Miró a Ilief, que no parecía en absoluto conforme con el sistema del alemán, pero que, evidentemente, tenía que resignarse a aceptarlo. Sorprendente: un agente de la KGB rusa a las órdenes de un mercenario alemán. Porque Otto Motz no podía ser otra cosa más que eso: un mercenario. Sólo que… ¿qué clase de mercenario?

—Acabemos y en paz —gruñó Ignacio Ilief.

—Tú calla —replicó Otto—. Cierra la boca.

Ilief apretó los labios. María le miraba con curiosidad…, pero

todavía sentía más curiosidad por Otto Motz. En cuanto a los dos jóvenes, ni siquiera les hacía caso, pese a que la muchacha seguía empuñando la pistola provista de silenciador.

—A mi amigo no le gusta divertirse —sonrió siniestramente Otto, señalando con un gesto de cabeza a Ilief—… Le dijeron que tenía que recuperar el microfilme y matar a la espía americana, y eso estaba dispuesto a hacerlo…, pero no sabe divertirse.

—¿Tú sí? —murmuró María.

—Mucho —rió el gigantesco alemán—. Y cortar cabezas es una de las cosas que más me divierten. Por eso digo que te vamos a cortar la tuya. Pero me gustaría que adivinases por qué vamos a hacerlo.

—Porque se lo ordenaron, ¿no?

—Sí, claro, pero de ninguna manera teníamos que matarte antes de encontrar el microfilme. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—¿Habéis encontrado el microfilme? —sonrió María.

Otto Motz alzó la mano izquierda, mostrando entre sus dedos índice y pulgar la diminuta cápsula metálica, mientras con los otros tres dedos apretaba contra la palma de la mano el paquete de cigarrillos Lucky Strike.

—No se puede decir que tu imaginación sea admirable —dijo el alemán, sarcástico.

—Tampoco se puede decir que tu cabeza piense más que un melón —replicó festivamente María Piamonte.

El alemán entornó los párpados. Ignacio Ilief miró con más atención a María, miró de nuevo la pequeña cápsula, y de pronto la arrancó de entre los dedos de Motz. La examinó más detenidamente, soltó un gruñido, y del suelo recogió el bolso de piel azul de María Piamonte…

—Tendré que deshacerme de ese bolso para proseguir mi viaje —dijo la espía americana—… Tengo la impresión de que sólo ha servido para que ustedes pudieran identifícame pese a no parecerme nada a una negra.

—¿Proseguir tu viaje? —sonrió de nuevo siniestramente Otto Motz—. Amiguita, adonde vas a ir no necesitarás bolso ni nada de nada. Dentro de pocos segundos podrás inscribirte en el Libro de los Muertos.

—Y a ti tendrán que inscribirte en el libro de los tontos —dijo

Ilief con tono entre irritado y divertido—… Échale un vistazo a esta «cápsula».

Motz le dirigió una torva mirada, que desplazó enseguida hacia la cápsula, que ahora mostraba Ignacio Ilief. Pero éste no mostraba «una» cápsula, sino «dos» cápsulas. Es decir, una cápsula y otro objeto muy parecido, pero que no era propiamente o solamente una cápsula, era… una bala. Un cartucho. Un pequeño y muy peculiar cartucho con una diminuta bala incluida.

—¿Qué demonios es esto? —Gruñó Motz.

Ilief mostró la pistola de cachas de madreperla de María Piamonte, a la que había quitado el cargador. La pistola y el cargador cabían perfectamente en la palma de su mano extendida.

—Es una bala que corresponde al cargador que corresponde a esta pistola. La pistola de ella.

—Pero… no entiendo… ¿Qué significa?

—Significa que lo que hemos encontrado en el paquete de cigarrillos no es una cápsula especial para transportar microfilmes, sino el cartucho de una de estas balas al que le ha sido retirada la bala y la pólvora y cerrados los bordes con alguna pequeña herramienta. ¿Lo entiendes ahora?

—No sé… Me parece que no muy bien.

María Piamonte rió, ganándose una mirada hostil de Motz y otra muy diferente de Ignacio Ilief, que parecía a punto de echarse a reír.

—Te lo explicaré detalladamente —dijo muy amable—… En ningún momento han existido dos microfilmes. O sea, que el americano que llegó de Libia sólo traía un microfilme; el que consiguió con la ayuda de la muchacha libia. Y ese microfilme ya lo tenemos nosotros, ya fue recuperado en la casa de la playa cerca de Glifada, en Grecia.

—Pero entonces… ¿qué estamos buscando nosotros? —masculló Motz.

—Estamos buscando el microfilme que ella SE INVENTÓ. Y para que nadie dudase que existía un segundo microfilme, o bien, por si nosotros no habíamos conseguido el que traía el americano de Libia por haber sido muy bien escondido por éste, ella SE INVENTÓ un segundo microfilme, engañando incluso a sus compañeros de la CIA, para que la voz se corriese con toda normalidad, sin un solo fallo.

Ella sabe que tenemos un… servicio de escucha en el sistema de la CIA en Grecia, así que nos deslizó esta información: había encontrado el microfilme. ¿Cómo lo hizo? Pues, sacó una bala de su pistola, dejando el cartucho solo, vaciándolo de pólvora, y cerró los bordes con un cuchillo o cualquier objeto fuerte. Estas balas son tan… peculiares, tan pequeñas, que una vez manipulado el cartucho por ella, bien podía parecer perfectamente una cápsula para transportar microfilmes. Y eso es lo que hizo: engañar a todos diciendo que había encontrado el microfilme.

—Pero si dices que ya lo tenemos nosotros…

—Lo tenemos, en efecto, pues le fue quitado al americano de Libia antes de matarlo. Pero… ¿cómo podíamos adivinar que ella mentía, cómo podíamos estar seguros de que el americano de Libia…?

—Se llamaba Nick Moore —informó María.

—De acuerdo. ¿Cómo podíamos estar seguros nosotros de que Nick Moore no había hecho de alguna manera una COPIA de ese microfilme, una copia de seguridad, con la convicción de que si a él llegaba a ocurrirle algo o perdía el microfilme original sus compañeros de la CIA encontrarían el duplicado? Esto es tan razonable, que nosotros nos lo creímos: el maldito americano de…, quiero decir el americano Moore había hecho un duplicado, es decir, que no había servido de nada que nosotros consiguiéramos el original. Teníamos que conseguir también el duplicado, a fin de evitar que la CIA viese el contenido del microfilme y metiera sus narices en nuestros asuntos. Y eso es lo que hemos estado haciendo desde entonces: montando un tinglado tal que la agente Baby, que transportaba el microfilme, no se nos pudiese escapar. Y lo hemos tenido muy fácil, porque ella misma se aseguró de que sabríamos por dónde iba a viajar: en helicóptero hasta Brindisi, luego en tren hasta Bolonia, por sus propios medios hasta Venecia, de aquí a París en avión… Y además, quería estar segura de que la identificaríamos fácilmente, motivo por el cual continuó utilizando ese bolso azul tan fácil de ver y distinguir.

—¿Quieres decir… que ella misma ha hecho todo lo posible para darnos facilidades para que la encontremos? —Se pasmó Motz.

—Exacto.

—Pero… ¿por qué ha hecho semejante cosa?

—Pues precisamente para que la encontremos. Para charlar. Para enterarse de cosas… La CIA no tenía ni idea de lo que contiene el microfilme que les traía Nick Moore desde Libia, y ella quería SABER. Pero habían matado a Moore y a la muchacha libia, y ella estaba segura de que les habían arrebatado el microfilme. Es decir, que todo estaba perdido, no tenía la CIA la menor oportunidad de recuperar el microfilme ni de localizar a la persona que había matado a Moore y a la muchacha. ¿Qué hacer, entonces…? Naturalmente, ella tuvo una idea: inventarse una copia del microfilme, a fin de atraer a la misma persona que se lo había arrebatado a Moore la primera vez, o bien, a componentes del bando de esa persona, en suma, gente que, del mismo modo que se había arriesgado a todo con tal de recuperar el microfilme original, se arriesgase también para conseguir esa copia… que no existe. Es decir, que nosotros hemos estado jugándonos el pellejo tras un microfilme que no existe, y en cambio ella ya sabe más cosas de las que sabía en Grecia. Sabe, por ejemplo, que el contenido del microfilme hace referencia al Campo de la Muerte de Libia, el campamento gigante donde se están reuniendo todos los terroristas de Libia…, y todavía quiere saber más cosas; por ejemplo, qué nos proponemos con tantos terroristas juntos, por qué hemos desmantelado todos los campos para montar uno solo, y seguramente también tiene en proyecto ir sonsacándonos quién mató a Nick Moore, uno de sus Simones. ¿No es así, Baby?

—Bravo —aplaudió María Piamonte, sonriendo—… bravo, muy bien, Ignacio, muy bien.

—Por todos los infiernos —jadeó Motz, con los ojos casi fuera de las órbitas—… ¡Hace falta tener valor para montar semejante trampa con ella misma como cebo!

—Valor y astucia —sonrió Ilief—… Pero no podemos sorprendernos, pues de ambas cosas ha estado siempre sobrada la agente Baby.

—Es usted muy amable —dijo María Piamonte, poniéndose lentamente en pie, conteniendo un gesto de dolor—… Aunque quizá no lo será tanto que me facilite el resto de la información que deseo.

—¿A saber…?

—Usted ya lo ha comprendido: quiero saber qué traman en ese

llamado Campo de la Muerte…, y quién asesinó a Simón-Moore y a su amiguita Naria.

—Pero… pe-pero esta… esta individua tiene… una desfachatez increíble —tartamudeó Otto Motz, lívido de ira que iba aumentando cuanto más comprendía la jugada de la espía americana—… ¡Nos está interrogando!

—¿Por qué te enfadas? —Rió Ilief—. ¡Ella está haciendo su trabajo, del mismo modo que nosotros hacemos el nuestro!

—La voy a matar a patadas… ¡Le voy a meter una patada en el…!

—Tranquilízate. Y nada de matarla. El juego ha terminado, así que vamos a ver si en esta ocasión la agente Baby sí puede ser llevada a Moscú.

—¿A Moscú? ¿Y para qué demonios la queréis allí? ¡La matamos y ya está!

—Otto: en primer lugar, y conociendo bastante bien el historial de la agente Baby, tengo mis dudas de que podamos llevarla a Moscú ni a parte alguna; en segundo lugar, ella no le sirve de nada a nadie muerta, y en cambio, viva y en Moscú sería una fuente de información fabulosa; y en tercer lugar, para matar siempre se está a tiempo. De modo que la conservaremos con vida, intentaremos llevarla a Moscú…

—Un momento… ¡Yo soy quien manda aquí!

—No. Ya no, Otto. Mandabas mientras existía el riesgo de que alguien pudiera conseguir ese microfilme referido al Campo de la Muerte. Ahora, sabemos que no existe ese microfilme duplicado en parte alguna. Asunto terminado. De modo que, simplemente, a partir de ahora, mando yo.

—Menos mal —suspiró María—… Esta bestia no entiende nada.

—¿Bestia? —rugió Otto Motz—. ¡Ahora verás dónde te meto…!

Gritando, Otto Motz lanzó, en efecto, un terrorífico puntapié hacia el bajo vientre de María Piamonte. Un puntapié que podía incluso resultar mortal…, pero que María convirtió en inofensivo: se desplazó un poco hacia su derecha, al tiempo que giraba de tal modo que su cuerpo pareció una puerta que se abría; el pie de Motz pasó por delante del cuerpo de María, que rápidamente pasó su brazo izquierdo por debajo de la pierna del alemán de modo que asió con la mano el tobillo, por debajo; acto seguido, María separó

hacia fuera la pierna de Motz, que quedó por un instante en grotesca y desequilibrada postura, con la pierna derecha muy alta… y ofreciendo totalmente desguarnecida su zona genital. El tremendo puntapié de María Piamonte le alcanzó de lleno en los testículos, y Otto Motz lanzó un espantoso bramido, saltó hacía atrás, y cayó de cabeza contra el terreno ardiente.

Allí quedó inmóvil.

Casi al mismo tiempo, la muchacha armada apuntaba su pistola hacia María Piamonte…, y al instante siguiente estaba muerta, con una bala dentro de su cabeza, que la fulminó derribándola de espaldas. Mientras tanto, Ilief y el joven, que comprendieron en el acto que alguien ayudaba desde la sombra a la espía americana, se dispusieron a sacar velozmente sus armas…

Ninguno de los dos lo consiguió. Ilief, porque recibió un balazo en el hombro derecho que le hizo girar brutalmente y lo derribó de bruces. El joven, porque aún no había terminado de sacar el arma cuando el pie derecho de María le acertó en espectacular impacto en plena frente, derribándolo como si fuese un simple muñeco. Todavía se movió el muchacho, pero otro puntapié, ahora en la barbilla, pareció que hiciese crujir todo su esqueleto, dio la impresión de que la cabeza iba a saltar de los hombros, y el muchacho se desvaneció. María saltó hacia la pistola que había escapado de la mano de la muchacha, la empuñó, y apuntó velozmente a Ignacio Ilief; que tras girar penosamente dirigía la mano derecha en busca de su arma.

—No, Ignacio —susurró Baby.

Él miró sus ojos, suspiró, movió la cabeza, y retiró la mano de la axila. Luego, miró en su entorno. En un instante, la situación había cambiado completamente: él estaba herido, Otto y el muchacho estaban desvanecidos o muertos, y la muchacha, ésta sí, estaba muerta sin duda alguna. El ruso terminó por soltar un bufido, y acto seguido cerró los ojos y se tendió. Estaba lívido, y comenzaba a sentir escalofríos bajo aquel sol de fuego.

Tardó unos segundos en oír las pisadas, y entonces abrió los ojos. Vio al hombre delgado, todo fibra y músculo, tan alto como él, pero algo mayor… Había bastantes canas en sus sienes. Su rostro era seco, hermético, enjuto, y la nariz mostraba una forma aquilina. El hombre se detuvo junto a él, y Ignacio vio allá arriba sus ojos

negros y duros fijos en él. Oyó su voz, en perfecto inglés.

—¿Lo remato?

—Claro que no —oyó la voz de María Piamonte.

—Quizá fue él quien mató a tu Simón en Grecia.

—No, no fue él. Ve a buscar el botiquín al coche: le haremos una cura de emergencia a nuestro colega.

—Ya. Y luego lo convidarás a champán.

—Es un espía, no un asesino. Con Motz la cosa será diferente… ¿Lo conoces?

—¿A Motz? Sí. Hace años que suena su nombre en el «mercado». Es una mala bestia que mataría su madre por un centavo. Pero… hacía algún tiempo que todos le creíamos muerto. Entiéndelo bien: si Motz está metido en esto el asunto apesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mi amor. Ve a por el botiquín, por favor.

Ignacio Ilief oía las voces como lejanas y como si fuesen cosas tangibles que girasen en torno a su cabeza. Terminaron por convertirse en rumores. Luego, simplemente, se desvaneció, pero no sin haber llegado a la conclusión de que, o él se estaba volviendo loco debido a una insolación, o el hombre que estaba ayudando a la agente Baby y al que ella había llamado «mi amor», era el mismísimo Número Uno.

* * *

Cuando abrió los ojos, el sol no calentaba tanto. Él estaba a la sombra de un árbol. Cerca de él, tendida en el suelo y lívida, estaba la muchacha y su pareja, casi tan lívido como ella, estaba a su lado, sentado en el suelo, con la cabeza caída sobre el pecho. Motz estaba sentado en el suelo, con las piernas cruzadas. Tenía atados los tobillos, y las manos a la espalda. Estaba pálido de rabia y miedo, mirando a Número Uno, que permanecía de pie ante él.

Ignacio Ilief aspiró profundamente. Normal. ¿Cómo se le había podido ocurrir a alguien que la agente Baby emprendiese aquel absurdo viaje ofreciéndose como cebo, sin protegerse bien? Es decir, que en todo momento, desde que ella había llegado a Italia en helicóptero procedente de Grecia, nada menos que Número Uno había estado cerca, sin intervenir hasta que llegó el momento inevitable.

¿O no era Número Uno?

—¿Qué tal? —Apareció de pronto Baby ante él, sonriente, acuclillándose—. ¿Cómo se siente, Ignacio?

Éste, apoyado de espaldas en el tronco del árbol, miró a la espía americana, que tenía en una mano una copa de champán. Más allá, el agente soviético vio el formidable Porsche 6000 negro, con las puertas de atrás abiertas, de modo que se veía parte del bar instalado en el respaldo de los asientos delanteros.

—Regular —murmuró Ilief, mirando de nuevo a Baby—… Regular.

—Ánimo, hombre, estoy segura de que ha salido de peores. ¿Le apetece una copa de champán?

El espía soviético sintió deseos de reír. Más allá, el impenetrable sujeto que había ayudado a Baby le vigilaba con ojo de águila. Ignacio supo que si hacía el menor gesto agresivo o tan solo desagradable contra Baby podía darse por muerto en el acto.

—Me parece que sí —murmuró; miró un instante hacia el hombre de los negros ojos—… Si Número Uno no se opone.

—No se opone —aseguró Baby—. Beba tranquilo, Ignacio. Cuando hayamos conseguido lo que queremos lo trasladaremos a un lugar desde donde pueda ser recogido por sus compañeros.

—¿Y ellos? —Murmuró el ruso—. Quiero decir Motz y Ulrich.

—Motz y el muchacho no son espías, sino asesinos… Ellos tendrán un destino diferente. Beba el champán: está deliciosamente fresco.

Lo estaba. Ignacio bebió de buena gana, sosteniendo la copa con la mano izquierda. Tenía el torso desnudo y muy bien vendado. Por supuesto, le dolía, pero supo que le habían sacado la bala, y hecho lo mejor posible en aquellas circunstancias.

Fantástico.

¿Quién se lo creería, en Moscú, cuando dijera que la agente Baby le había regalado la vida y le había invitado a champán?

—Beba tranquilo, tenemos más —dijo Baby; él volvió a mirarla —… Ignacio, usted dijo antes que Otto mandaba en su grupo mientras existiese el riesgo de que alguien pudiera conseguir ese microfilme referido al Campo de la Muerte… ¿Por qué?

—Porque la KGB sólo ha intervenido en esto cuando se ha tratado de recuperar esa maldita supuesta copia del microfilme.

Todo lo demás relacionado con el Campo de la Muerte es ajeno a nosotros.

—¿Y es Otto quien lo dirige?

—Sí.

—¿Y qué es lo que dirige Otto?

—No estoy muy seguro. Sé que es una cosa interna, que no tiene repercusiones para la CIA ni para nadie, pero no estoy seguro… de lo que se está tramando allá.

—Mil terroristas son muchos, Ignacio. Incluso es posible que sean más de mil, ¿verdad?

—Sí…, es posible, sí.

—¿Y qué están preparando?

—Pregúntele a Motz… ¡Pregúntele a Motz, él lo sabe!

—Ya sé que Motz lo sabe, pero le estoy preguntando a usted, Ignacio. Quiero adquirir una información previa para cuando nos encarguemos de él estar seguros de que nos dice un mínimo de verdad. ¿Qué están preparando?

—No lo sé con seguridad, le digo. Lo único que sé es que está relacionado con la nueva sede informatizada.

—¿Nueva sede informatizada? ¿A qué se refiere?

—No sé nada más. ¡No sé nada más!

—Está bien. Beba tranquilo el champán. Ahora, Uno y yo vamos a… conversar con Otto Motz.

* * *

Eran casi las cuatro de la madrugada cuando Simón-Roma vio las luces de los dos automóviles acercándose al lugar de la cita en el tramo de carretera comprendido entre Benevento y Montesarchio, en la 900. Una noche espléndida; con el cielo cuajado de estrellas.

No había muchas probabilidades de error, pero, por si acaso, Simón Roma hizo la señal convenida con las luces del coche. El que iba en primer lugar de los dos que se acercaban contestó del mismo modo. Sentado ante el volante de su coche, el hombre que tenía el mando de la CIA en Roma, y que ciertamente se hallaba bastante lejos de su demarcación habitual, asintió con un gesto complacido, y miró a su joven acompañante, sentado a su derecha.

—Ahí la tenemos. ¡Y con Número Uno!

—Me parece como un sueño poder conocer a Baby —dijo el acompañante.

—Más sueño te parecerá ella.

—Según entiendo, hace tiempo que la conoce usted, señor.

—Bastante —murmuró Simón-Roma—… Sí, bastante. Salgamos.

Los dos coches se habían detenido. Del primero de ellos se apeó una mujer, que caminó hacia los agentes de la CIA con paso firme y elegante.

Su figura se veía espléndida a la luz de las estrellas, y su cabello ondeaba suavemente al compás de la marcha.

Cuando se detuvo ante los dos hombres de la CIA sonrió, y besó en ambas mejillas a Simón-Roma, tendiendo luego la mano al petrificado acompañante, para acto seguido tomarse del brazo de Simón-Roma, y llevarlo hacia el coche.

—¿Todo bien, Simón? —inquirió—. ¿Ha tenido problemas por mi causa?

—Los normales. Según entiendo no vale la pena que yo me interese por este asunto.

—No… En todo caso, cuando termine la operación le haré llegar un informe, pero créame, es todo tan horrible y sórdido que más le vale ahorrarse esa información. ¿Está preparada la línea de helicópteros?

—Por supuesto. El primero de ellos, con el piloto esperando a bordo, está escondido a poca distancia de aquí, entre los pinos. Los demás aparatos que forman la línea hasta Ginebra les estarán esperando en diversos puntos del viaje. Puede estar segura de que mañana por la tarde estarán ustedes en Ginebra.

—Estupendo. Y muchas gracias, Simón… Usted recuerda a Número Uno, sin duda.

El jefe de la CIA en Roma tendió la mano al hombre que se había acercado tras apearse del segundo coche.

—Por supuesto. ¿Cómo está, Número Uno?

—Bien.

—Pero tan adusto como siempre —sonrió de lado Simón-Roma —. Bueno, cuando ya se sabe cómo son las personas las relaciones resultan más fáciles… Entiendo que me traen ustedes unos «paquetes».

—Se llama Ignacio Ilief, es de la KGB, y está herido —rió Baby

—. Cuando yo le avise, simplemente, devuélvaselo a los rusos. Mientras tanto, cuídelo bien. ¿De acuerdo?

—Cualquier día uno de estos rusos le dará un disgusto, pero de acuerdo. ¿Y los otros personajes?

—Nosotros nos encargamos de ellos —dijo Baby—. Usted, simplemente, cuide del ruso y llévese el Porsche de Número Uno al lugar que le indicamos de Nápoles.

—¿Y ese otro coche? —señaló Simón-Roma.

—Es un Lancia, que robó un tal Otto Motz…

—¡De modo que ha cazado usted a Motz! —Silbó el veterano espía.

—Venga a verlo.

Simón-Roma y su joven acompañante fueron hacia el Lancia. En el asiento de atrás, convenientemente atados, iban Otto Motz y Ulrich. Éste aparecía normal, pero Otto Motz tenía la cara convertida en un destrozo.

—Al principio creyó que nos iba a asustar con su dureza —explicó Baby—, pero Número Uno le convenció pronto de que estaba haciendo el tonto, y nos dijo todo lo que queríamos saber… Absolutamente todo. ¿Verdad, Otto?

El alemán no se molestó en contestar. En la fría penumbra del interior del coche sus ojos parecían trozos de hielo impregnados de odio.

—Cuando Uno y yo nos vayamos —dijo Baby—, ustedes esconden el Lancia entre esos pinos. Ya lo encontrarán, como encontrarán el Audi 2000 que robamos en Barletta, y dentro del cual hemos dejado el cadáver de la amiguita de Ulrich, tan criminal y terrorista como él y como el propio Otto… ¿Verdad, Ulrich, que todos sois unos asesinos?

—Muérase —masculló el joven Ulrich.

María Piamonte sonrió, tomó de nuevo a Simón-Roma por el brazo, y lo llevó hacia el Porsche.

—Voy a despedirme de Ignacio. Es un buen profesional, aunque en algún momento se mostrase un tanto desagradable…

Mientras María Piamonte y Simón-Roma se alejaban del Lancia, Número Uno se inclinaba para asomarse al interior de este coche, sacaba su pistola, y apuntaba a Ulrich al corazón. Ulrich retorció una sonrisa despectiva, dando a entender que a él no le iban a

asustar con amenazas…

Plop, disparó Número Uno, metiendo la bala en el corazón del guapo y joven terrorista. Luego, la pistola se orientó hacia Otto Motz, cuyas machacadas facciones sufrieron una fuerte sacudida.

—Mierda para ti —jadeó.

Plop, disparó Número Uno de nuevo. Cerró la portezuela, se guardó la pistola, y caminó en pos de Baby y los dos hombres de la CIA. El más joven de éstos se había detenido, y cuando Uno pasó junto a él vio su rostro demudado.

—Dios bendito… ¿Los ha matado? —jadeó el joven espía.

Número Uno le miró, casi amablemente, y continuó su camino, sin contestar. Cuando llegó junto a su Porsche, Baby habíase despedido ya del agente soviético, y besaba a Simón-Roma de nuevo en ambas mejillas.

—Le prometo volver pronto a Roma sólo por gusto —dijo María Piamonte—. Le avisaré y le permitiré que me invite a cenar.

—Trato hecho —sonrió el veterano; señaló hacia los pinos—… Sigan por ahí y encontrarán el helicóptero enseguida. Y no se preocupen por nada, repito que toda la línea de vuelo hasta Ginebra está organizada. Y ya sé, ya sé: ahora mismo tengo que olvidarme de todo esto y de que los he visto.

—Exacto —sonrió Baby—… Hasta pronto, Simón.

—Hasta pronto. Uno…

—Adiós —dijo Número Uno.

Se metieron por entre los pinos, y, en efecto, pronto distinguieron el brillo metálico del helicóptero. Un hombre saltó de éste, y acudió a su encuentro, sonriendo.

—Zambomba —exclamó María Piamonte—… ¡Otra vez usted!

El piloto que la había trasladado aquella madrugada desde Grecia a Italia, sonrió encantado de la vida.

—Ya le dije que yo siempre voy de un lado a otro de Europa trasladando compañeros… ¡Y no iba a ser tan tonto de privarme del gusto de llevarla de nuevo conmigo!

—Sólo que esta vez no volaremos sobre el mar.

—Bueno, la tierra también es hermosa, ¿sabe?

—Sí —sonrió Baby—, lo sé perfectamente, Simón.

Apenas un minuto más tarde, el helicóptero despegaba. En esta ocasión, la agente Baby iba en el asiento doble de atrás, con

Número Uno. Simón miró por el retrovisor, y la vio recostada en el pecho de él.

«—No sé adónde van ni qué piensan hacer —pensó Simón-Helicóptero—, pero sí sé que no me gustaría estar en el pellejo de las personas a las que ellos dos andan buscando…».

Capítulo VII

El último helicóptero de la línea preparada por Simón-Roma los dejó con toda precisión y seguridad en la cubierta de popa de en yate que navegaba por aguas del lago Leman, cerca del mediodía.

Por supuesto, el personal que tripulaba este yate era de la CIA, y, también por supuesto, con anterioridad a la llegada de los dos pasajeros ya habían recibido instrucciones por radio respecto a algunas gestiones que debían realizar en Ginebra.

—¿Todo está entendido, todo en marcha? —preguntó, Baby apenas poner los pies en el yate.

—Todo —sonrió Simón-Yate—… incluso un buen almuerzo, si les viene de gusto.

—Desde luego que sí —asintió la espía—. Pero sobre todo, Simón, recuerde que estamos trabajando al margen de todos los canales y actividades normales de la CIA.

—Digamos —sonrió de nuevo el hombre de la. CIA— que somos algo así como una… célula ajena al cuerpo que nos cobija.

—Exactamente —asintió la divina espía—… ¡Oiga, eso me ha gustado!

—Espero que también les guste el almuerzo.

—Apuesto a que sí.

Además de Simón-Yate había otros tres agentes de la CIA a bordo, y faltaba solamente uno, que estaba en Ginebra realizando las gestiones encargados por radio por Baby.

Ésta y Número Uno siguieron a Simón-Yate al interior de la preciosa embarcación. Afuera el día era soleado, ofrecía un cielo insólitamente azul, nítido, como si perteneciese a una tarjeta postal. Las aguas del Leman estaban apenas rizadas por una suave brisa que llegaba de su interior. Ginebra se divisaba muy cerca, recortada con perfección increíble en aquel cielo no menos increíble en aquel día de verano.

Hacia las tres de la tarde, cuando Baby y Número Uno incluso habían tenido tiempo de descabezar un sueñecito tras el almuerzo, llegó el agente de la CIA que había estado trabajando en la ciudad. Ante todo, entregó el paquete a los dos espías, los cuales examinaron su contenido, que consistía en ropas de confección para hombre y mujer, así como pelucas variadas de cabellos grises, calzado, gafas diversas…

—Perfecto —terminó por aceptar Baby todo el material—… Con todo esto Número Uno y yo podemos parecer dos encantadores ancianos inofensivos. Respecto a los ancianos… ¿ha echado un vistazo a esa agencia de viajes?

—Por supuesto. Aparentemente, es eso: una agencia de viajes especializada en preparar paseos por el mundo a turistas de la tercera edad.

—Nunca he entendido bien eso de la tercera edad —reflexionó Brigitte Baby Montfort, que ahora ofrecía su verdadero aspecto, el esplendor de su piel dorada de sol, el espectáculo fascinante de sus grandiosos ojos azules—… ¿Por qué habrán inventado esa denominación para las personas algo mayores?

—Bueno, al parecer han dividido nuestra vida en tres etapas —dijo el agente de la CIA—: una que abarca la juventud, otra que abarca la madurez, y la tercera, que abarca la vejez…

—Ya, ya, eso ya lo tengo entendido, pero… ¿cuándo empieza la tercera edad y cuándo termina? ¿Nos han asignado también una cuarta edad? Porque puestos a hacer divisiones, podríamos decir que a partir de los noventa años comienza la cuarta edad, ¿no? Luego, hay personas que tienen cincuenta años y son jóvenes, quiero decir que no son «maduros». Y viceversa, hay jóvenes que tienen la mente y el espíritu en la tercera o en la cuarta edad. Y todo esto aparte, estamos nosotros, los espías… ¿No es así?

Los cinco hombres de la CIA contemplaban sonrientes a Baby, esperando el final de la broma.

Porque allí había una broma, estaba bien claro. Y ellos no tenían prisa: el yate estaba anclado cerca del Jardín Anglais, en los embarcaderos al principio de Promenade du Lac, de modo que, por su parte, podían dar por terminada su intervención en el asunto.

—¿A que les pica la curiosidad sobre lo que se me ha ocurrido? —dijo maliciosamente Brigitte.

—Pues la verdad es que sí —asintió Simón-Yate—... ¿En qué edad nos ha clasificado usted a los espías?

—Ésa es la pregunta: ¿en qué edad estoy yo, por ejemplo? Porque, si nos atenemos a mi edad, ciertamente se me tendría que colocar en la segunda, pues ya no soy una jovencita, pero... ¿cómo calcular en qué edad está una persona que ha vivido, pongamos por ejemplo, cinco mil vidas?

—¿Usted ha vivido cinco mil vidas?

—Por ejemplo. Veamos, a mí han podido matarme cinco o seis mil veces, de modo que si estoy viva, estoy en edad cinco mil, ¿no? En cambio, una agente novata, que empieza a trabajar ahora en la CIA, estará en la primera edad, y dentro de un par de años posiblemente esté en la centésima edad..., es decir, que habrán podido matarla cien veces. Por cierto, ¿en qué edad está usted, Simón?

—Según usted, debo de andar por la milésima edad —rió el espía.

—Ajá. Entonces, ¿a qué conclusión llegamos?

—La verdad es que no se me ocurre.

—¿Y a ustedes? —Miró, Brigitte a los otros espías.

—Tampoco.

—¿Uno?

—Por nada del mundo te privaría del placer de sorprendernos —dijo Número Uno—, así que dinos tú a qué conclusión llegamos.

—Pues llegamos a la conclusión de que si esas personas arrugaditas que hacen lindos viajes están en la tercera edad, y nosotros estamos en la cinco milésima edad, nosotros somos momias turísticas. ¿Ustedes no se sienten tremendamente viejos?

Los hombres de la CIA rieron. Número Uno pasó una mano por la nuca del Brigitte, la atrajo, y la besó dulcemente en la boca.

—Eres la momia mejor conservada de la Historia de la Humanidad —dijo en su oído—. Y te voy a proponer un trato.

—No.

—Todavía no te he dicho cuál es el trato.

—Pero lo sé: pretendes ir tú solo a esa agencia de viajes donde, aparentemente, se dedican a programar vacaciones a los ancianitos pero donde, realmente, tienen montada la nueva sede informatizada del terrorismo libio.

—Ese lugar tiene que ser una trampa brutal —gruñó Número Uno.

—Por eso iremos los dos. Bien, vamos a ponernos nuestro disfraz de candorosos ancianitos ávidos de ver mundo…

* * *

La agencia en cuestión tenía el sugestivo nombre de Tourisme Hereux, y se hallaba ubicada en la encantadora y pintoresca calle cuyo nombre era Chantepoulet, muy cerca de la iglesia de Notre-Dame. Tanto la agencia como todo su entorno no podían presentar un aspecto más normal, agradable e inofensivo.

—Es claro —dijo la anciana de blancos cabellos— que no van a poner una ametralladora en la puerta.

El encorvado anciano de cabellos no menos blancos que le ofrecía su brazo, murmuró:

—En cualquier caso, nuestra idea de examinar bien el lugar no debe ser desechada de ninguna manera. Le apreté bien las clavijas a Motz, pero de un sujeto como él podría esperarse cualquier cosa… Cualquier trampa.

De la agencia Tourisme Hereux salía en aquel momento una pareja de personas mayores, conversando animadamente y agitando unos folletos turísticos. Baby y Número Uno cambiaron una mirada, hicieron un gesto como de resignación, y se encaminaron hacia la agencia turística con un paso perfectamente imitado de personas mayores.

Entraron en la agencia.

Había personas mayores requiriendo información en dos mostradores, donde personal joven y amable les atendía. Carteles de maravillosos lugares de la Tierra tapizaban las paredes revestidas de paneles de corcho. Los dos mostradores formaban un ángulo, encerrando una zona dentro de la cual cuatro personas trabajaban en labores administrativas, manejando teléfonos, télex, ordenadores…

Al fondo de todo, dos hombres utilizaban sendos ordenadores con gran interés y dedicación. Cerca de ellos había una puerta, cerrada, que sin duda correspondía a un despacho privado…

Una pareja de ancianos se fue, y la encantadora muchacha que

los había atendido miró casi cariñosamente a los dos falsos ancianos que contemplaban el lugar con lo que parecía simple curiosidad.

—Buenas tardes —atrajo su atención la muchacha—… ¿Puedo servirles en algo?

Se acercaron los dos, cogidos del brazo.

—Sí —sonrió Brigitte—… Estamos interesados en un viaje a las Hawaii pero quizá resulte demasiado caro…

—Tenemos unos precios muy especiales para ustedes —amplió su sonrisa la encantadora muchacha—, y además, el importe del viaje puede ser pagado a plazos. Nuestra especialidad consiste en darles toda clase de facilidades a las personas de la tercera edad.

—Pero dentro de unos mínimos, claro —sonrió la «anciana».

—Sí…, claro. Pero estoy segura de que podré complacerles.

—Nos gustaría antes ver unos cuantos folletos con los precios y demás detalles… ¿Tiene usted folletos?

—Naturalmente.

La conversación se desarrollaba en alemán, el trato era agradable, el ambiente era simpático… La joven empleada proporcionó a los presuntos clientes unos cuantos folletos, y ellos fueron a sentarse en sendos sillones colocados uno junto a otro y se dedicaron a mirar los folletos y a cambiar impresiones… Eran las cuatro y siete minutos de la tarde.

A las cuatro y cincuenta y dos minutos, la puerta del despacho privado que había al fondo del local se abrió, y apareció un hombre alto, atlético, muy correctamente vestido, de modales impecables, que se acercó a los dos hombres que trabajaban en sendos ordenadores, y conversó brevemente con ellos. Cada uno de estos hombres retiró de su ordenador el *diskette* en el que había estado trabajando, y se lo entregó al sujeto elegante, que los guardó en un portafolios y se dirigió hacia la salida.

—Sigue vigilando —susurró Número Uno—. Ya vuelvo. O te llamaré.

Se puso en pie y se encaminó hacia la puerta, alcanzándola antes que el sujeto elegante, de modo que cuando éste salió a la calle Número Uno ya estaba allí. El otro caminó casi majestuosamente en dirección a la Rue Mont Blanc, es decir, en dirección opuesta a Notre Dame. Apenas treinta metros más allá se detuvo junto a un Mercedes azul oscuro, abrió la portezuela, y se sentó ante el

volante. Apenas lo había hecho, oyó los golpecitos en el cristal de la ventanilla del otro lado. Miró hacia allá y vio el rostro del anciano con el que casi se había tropezado al salir de la agencia de viajes. Se inclinó hacia ese lado del coche, y bajó el cristal.

—¿Qué desea? —preguntó amablemente.

Número Uno metió la mano por el hueco de la ventanilla, abrió el cierre de la portezuela, y entró en el coche, sentándose junto al elegante sujetó, que mostró enseguida una actitud de desagrado…, pero quedó petrificado cuando el anciano sacó una pistola provista de silenciador y le apuntó al vientre.

—Motz ha muerto —dijo en ruso—, y queremos saber quién lo ha traicionado.

—¿Qué? —jadeó el otro—. ¿Motz ha muerto? ¿Cómo?

—De un balazo en sus podridos sesos que yo le disparé —sonrió gélidamente el anciano—. Pero antes me habló de la nueva sede informática, relacionada con el Campo de la Muerte. Ya estoy en la nueva sede informática, ya he comprobado que usted conocía a Motz y por tanto está metido en esto. Ahora: ¿cuál es el asunto?

—No… Yo no lo sé, no… ¡No lo sé!

—Al principio nadie sabe nada de nada, pero muy pronto, cuando le vacío un ojo a punta de navaja y le corto los testículos, van recuperando la memoria. Si lo que usted quiere es eso, perfecto. Vámonos de aquí.

—Espere… Espere, espere —jadeó el hombre—… Yo sólo soy un empleado del señor Guberbraum… ¡Sólo soy un empleado! Trabajo como director de la agencia, y cada día, cuando a las cinco termino mí trabajo en ella, todo lo que tengo que hacer es… es recoger los dos disquetes y llevárselos al señor Guberbraum… ¡No sé nada más!

—Pero conocía usted a Motz, ¿no?

—Bueno, él… Motz venía de cuando en cuando por la agencia, también trabaja… trabajaba para el señor Guberbraum…

—¿Qué contienen esos disquetes?

—¡No lo sé!

—Démelos.

—Pe-pero el señor Guberbraum…

—Yo soy mucho más peligroso que ese señor Guberbraum… ¿Dónde vive él, adónde va usted cada día a llevarle los disquetes?

—Tiene un chalé en Nyon, a la orilla del lago… Si quiere, puedo

apuntarle la dirección exacta.

—Hágalo. Y entrégueme los disquetes…

—Sí señor…

El sujeto metió la mano izquierda bajo la chaqueta, por el lado izquierdo, y sacó un bolígrafo que parecía de oro…, y que en un instante se convirtió en un punzón reluciente que emprendió velocísima trayectoria hacia la garganta del anciano… Pero éste, con toda tranquilidad y serenidad, paró el golpe con la mano derecha, es decir, con la misma que empuñaba la pistola, y desvió la mano que empuñaba el punzón. Inmediatamente, con la pistola, golpeó en la frente al sujeto, que casi se desvaneció, casi perdió el mundo de vista. Cuando lo recuperó, el punzón estaba en la mano de Número Uno, y la punta se había hundido dos o tres milímetros en su garganta.

—El día en que un sujeto como tú pueda sorprenderme —dijo fríamente el anciano—, ya no hará falta que os molestéis en matarme, pues yo mismo me quitaría de en medio. ¿Los dos sujetos de los ordenadores con los que has hablado son también profesionales del crimen, como tú?

—Se equivoca, yo no…

—Si me haces perder un solo segundo más te arranco la tráquea a golpes de punzón.

—No, no —casi chilló el otro—… ¡Sí, los tres somos…! ¡Ellos dos y yo somos… compañeros en esto…!

—Ya. ¿Ellos también van cada día a ver al señor Guberbraum?

—No, ellos no… Ellos se van de la agencia cuando cerramos para el público, y sólo van a la villa del señor Guberbraum cuando se les llama expresamente.

—Entendido. Te diré…

Bip-bip, sonó un zumbido entre las ropas del anciano. Con la mano izquierda éste sacó le pequeña radio, y pulsó el botón de admisión de llamada.

—Dime —murmuró.

—Estoy en los servicios. Van a cerrar, todos se van… ¿Te espero, o hago lo que…?

—Estoy en un Mercedes, a unos treinta metros de la salida de la agencia, a la derecha. Te espero. Estoy con el sujeto que ha recogido los disquetes. Es un asesino, como Motz, y como esos dos

que trabajan en los ordenadores del fondo. Ten cuidado.

—Me reúno contigo en ese Mercedes en cuanto pueda.

—¿En cuánto puedas? ¿Qué quieres decir con eso? No hagas…

La comunicación se había cortado.

* * *

La anciana guardó la radio, y salió de los servicios de la agencia Tourisme Hereux. Ya no quedaba nadie en el local, salvo los empleados de la agencia.

La amable muchacha que había atendido a los ancianos que querían ir a Hawaii miró a la anciana con cierto mosqueo, pero no dijo nada. La anciana sonrió, fue a donde habían dejado ella y su acompañante los folletos de Hawaii, los recogió, dirigió una sonrisa a los empleados de la agencia, y salió de ésta.

Medio minuto más tarde salieron los dos sujetos que manejaban los ordenadores del fondo de la agencia, juntos, conversando. Vieron a la anciana, pero no le hicieron el menor caso. Caminaron en dirección a Notre Dame, cruzaron la Place des XXII Cantons, y enseguida, en un corto tramo de calle, encontraron su coche. Uno de ellos abrió la portezuela, se sentó ante el volante, y se inclinó hacia el otro lado, abriéndole la portezuela a su compañero. Éste entró en el coche. El otro le ofreció un cigarrillo…

La portezuela del lado del conductor se abrió. Los dos hombres miraron hacia allí, vieron a la anciana, y, enseguida, el brillo del cañón de un arma que parecía un juguete.

Plof, plof, disparó la anciana, metiendo una bala en cada cabeza asesina. Se irguió, cerró tranquilamente la portezuela, y se alejó. Tres minutos más tarde, entraba en el Mercedes, acomodándose en el asiento de atrás.

—Si quieres, podemos irnos ya —dijo.

—¿Valía la pena molestarse por dos sujetos como ésos?

—Son dos asesinos menos. ¿Y este tipo quién es…, qué es?

—Es amigo de Motz y de los dos que acabas de matar. Habíamos interrumpido la conversación, pero la proseguiremos enseguida, en cuanto te haya explicado lo que ha dicho hasta ahora. Usted, arranque ya.

—¿A… adónde vamos…?

—De momento, a los embarcaderos. Toma —se volvió Número Uno hacia la anciana, tendiéndole los disquetes—, guarda esto.

—¿Conoces ya su contenido?

—Todavía no. Pero he pensado en llevar al yate a nuestro… invitado, y ya verás como allí nos lo explica todo de principio a fin. ¿No es así, amigo…? A propósito: ¿cuál es su nombre?

—Kahans —jadeó el hombre—… Demetrio Kahans.

—Muy bien, Kahans: vamos al embarcadero.

* * *

Ni siquiera eran las siete de la tarde, y ya Kahans se había derrotado completamente, explicando a los dos ancianos todo cuanto sabía del asunto…, y que no era poco, pues a pesar de sus anteriores protestas de inocencia, él era uno de los grandes de un grupo de tres que habían formado el tal Guberbraum, Otto Motz, y él mismo.

—Veamos si lo hemos entendido bien —dijo la anciana, por fin —… De lo que se trata es de… retirar de la circulación a todos los terroristas que hasta ahora han estado entrenándose en los campos de Libia. Con tal fin, todos esos campos de entrenamiento han sido desmantelados definitivamente, ya no queda ni rastro de ellos, y, en cambio, se ha organizado un solo campo, el llamado Campo de la Muerte, en el cual están ahora reunidos todos los terroristas que se estaban entrenando en los demás campos. ¿Correcto?

—Sí… Sí…

Kahans sudaba copiosamente, y tenía las pupilas dilatadas. Estaba en manos de dos personas implacables, y él lo sabía, como sabía que aquellas personas no concedían el menor valor a su vida.

No había nadie más a bordo del yate, en ningún momento Kahans había visto a nadie más. Pero Kahans sabía que los dos ancianos contaban con fuerte apoyo, porque la mujer había utilizado un par de veces la radio de bolsillo para dar instrucciones que él no había podido oír…, y porque, en aquel momento, la radio sonaba de nuevo.

—¿Sí? —Atendió la llamada la anciana.

—Eso está hecho. Los mandos los hemos dejado en el Renault.

—Perfecto, gracias. ¿Algo a resaltar?

—Nada, por nuestra parte. ¿Necesitan algo más?

—No. Les avisaremos cuando desalojemos el yate.

La anciana cortó la comunicación, y se encaró de nuevo con Kahans. Como ajeno a todo, el anciano fumaba apaciblemente sentado en el diván corrido bajo el ventanal que daba a la cubierta.

—Muy bien —dijo la anciana—, ya tenemos a los terroristas, en número de mil o más, reunidos en el Campo de la Muerte. ¿Y ahora?

—Se les mata.

—¿Qué? —Respingó la anciana.

Incluso el impávido anciano miró con evidente sobresalto a Kahans, que se pasó la lengua por los labios.

—Se les mata —repitió.

—¿A los mil terroristas del Campo de la Muerte?

—Claro. Por eso se llama así: es la Muerte… para ellos.

—Pero… ¿quién ha ordenado semejante… masacre? —Exclamó la anciana—. Deliciosa masacre, pues le aseguro que me tiene sin cuidado que Campo de la Muerte sea la tumba de esa gente, pero… ¿quién ha ordenado eso, y por qué?

—No sabemos exactamente quién lo ha ordenado, pero sí sabemos que, a raíz de las nuevas directrices de la política del señor Gorbachov, el líder de la Unión Soviética, él ha dado órdenes severísimas respecto a la restricción del terrorismo. Entonces, alguien cercano al señor Gorbachov ha ordenado todo el plan del Campo de la Muerte.

—¿Quién es esa persona?

—No tengo ni idea. Es alguien muy cercano al señor Gorbachov, pero no tengo ni la más remota idea respecto a su identidad… ¡Lo juro!

—Déjese de juramentos —refunfuñó la anciana—. No me gustan, y además, no valen nada, en un sujeto como usted. O sea, que Ignacio Ilief tenía razón, es una cuestión interna que no afecta a la CIA ni a nadie…, salvo a esos mil terroristas que van ser… ejecutados… ¡Cielos, mil muertos! Aunque sean terroristas… Quiero decir que matar a mil personas… ¿Cómo van a exterminarlos? No son precisamente angelitos fáciles de eliminar.

—Por medio de un gas. Les dirán que se trata de realizar unas pruebas, y… esparcirán un gas que terminará con todo bicho

viviente en Campo de la Muerte. Luego, todos serán incinerados.

—Es decir, que Libia se va a quedar sin… huestes terroristas.

—Bueno… Sí… Sí, claro.

—¿Sí… o no? —entornó los párpados la anciana.

—Sí, sí.

—No —se acercó Número Uno a los dos—… Nada de eso. Los sujetos como Otto Motz no son de los que abandonan una «profesión» tan lucrativa sin encontrar antes algo que mejore su nivel de ingresos, de beneficios, de logros…, de diversión, incluso. Es decir que si él, que era un terrorista, había intervenido en todo el asunto del Campo de la Muerte, para confiar a los demás, es que él tenía en perspectiva otra cosa mejor en todos los sentidos. Y esa cosa está relacionada con la agencia de viajes Tourisme Hereux. Él me dijo que todavía no sabía cómo iba a funcionar «eso de la agencia, pero es allí donde se está tramando todo nuestro futuro plan de operaciones»… El muy zorro no me dio nombres ni más datos, pese a que sin duda estaba enterado de todo, pero yo sabía que con Otto podía estar un año machacándolo y él seguir engañándome, así que en cuanto tuve este… punto verídico de partida, decidimos eliminarlo y venir aquí, en busca de sujetos menos duros que nos explicasen la verdad. Usted es mucho menos duro que Motz, Kahans, y si no nos lo explica todo ahora mismo y en pocas palabras, lo va a lamentar. ¿Me he explicado?

—Yo diría que sí se ha explicado —sonrió la anciana a Kahans—… Mi amor es de los que hablan poco, pero cuando hablan se explican perfectamente y de principio a final. ¿Y bien, Kahans?

—Guberbraum, Otto Motz y yo —jadeó Kahans— ideamos… un sustituto de… del terrorismo habitual. Se lo propusimos a Piotor Debliakov, y él aceptó inmediatamente.

—¿Quién es Piotor Debliakov?

—Es el hombre que trabaja en Europa siguiendo las instrucciones de la persona cercana al señor Gorbachov.

—Ya. Vamos a llamar Krimen a esa persona amiga de Gorbachov. Entonces, tenemos que Krimen tiene a Piotor Debliakov como su hombre de confianza. Ustedes hablaron con Debliakov respecto a ese… sustituto del terrorismo convencional, y Debliakov se lo fue a contar a Krimen. Krimen aceptó, posiblemente les financió el asunto, y ustedes pusieron en marcha, la nueva sede

informatizada para llevar a cabo acciones inéditas de terrorismo. ¿Correcto?

—Sí… Correcto.

—Muy bien. Oportunamente, cuando nos hayamos tomado un descanso, Uno y yo buscaremos a Debliakov, y por medio de él, a Krimen. Mientras tanto, vamos a dejar que en Campo de la Muerte suceda… lo que tiene que suceder; eso, en efecto, no es cuenta nuestra. Pero… ¿cuál es el plan que tramaron usted, Motz y Guberbraum?

—Utilizar los viajes turísticos para provocar… accidentes en todo el mundo. Parecerían accidentes, pero serian… sabotajes bien preparados. Por eso… utilizamos los ordenadores, para ir acumulando datos que nos permitan el estudio de todas las posibilidades en todas las zonas y medios de viaje turísticos del mundo. Los dos compañeros que trabajan conmigo en Tourisme Hereux…, o que trabajaban, quiero decir, van recopilando y procesando toda clase de datos respecto a viajes internacionales. Cada día, yo recojo los disquetes en los que han trabajado, voy a ver a Guberbraum, y tras analizar los datos los vamos pasando a otro ordenador, donde se van acumulando a la espera de que los datos sean requeridos.

—Es decir, a la espera de que ustedes le pregunten a ese ordenador dónde pueden provocar un… accidente que quizá cueste la vida a un grupo turístico de doscientas, quinientas o mil personas, tanto si son niños, como adultos jóvenes, como personas de la… tercera edad… ¿Es eso?

—Sí. Muy pronto todo el mundo tendría miedo de viajar, nadie se movería de su sitio… El miedo es el arma más poderosa de todas. Y nosotros estamos dispuestos a utilizarlo.

—El miedo y el asesinato —susurró la anciana, que estaba lívida.

—Y el dinero —sonrió de pronto Kahans—… También podemos disponer de muchísimo dinero, gracias a la financiación de Krimen, como usted lo llama. ¿Para quién trabajan ustedes y cuánto ganan al año? Nosotros podemos superar cualquier sueldo que tengan, por bueno que sea.

—Lo dudo —dijo la anciana—. Nosotros, como premio a nuestro trabajo, tenemos prometido el cielo. ¿Puede usted ofrecernos el

cielo?

—No diga tonterías —gruñó el elegante… y siniestro personaje —. Yo les estoy hablando en serio. Es por eso que les he explicado todo tan detalladamente.

—¿Y cuánto nos pagarían? —preguntó Número Uno.

—El triple de lo que estén ganando ahora.

—¡¿Tres millones de dólares al año?! —exclamó la anciana, dando un brinco.

—No hay problema —sonrió Kahans—. Hablaré con Debliakov y él con Krimen. No hay problema.

Los dos ancianos cambiaron una mirada de consulta. Luego, los dos miraron con desconfianza a Kahans. Por último, ambos se dirigieron hacia el pasillo del yate, lo recorrieron hasta llegar a uno de los camarotes, y entraron en éste. Kahans no creía lo que estaba viendo, lo que estaba sucediendo: le habían dejado solo para ir a cambiar impresiones sin que él les oyera…

¡Menudo par de imbéciles!

Se puso en pie y casi corrió hacia la escalerilla que conducía a la cubierta. Apareció en ésta, temiendo que hubiera allí alguien vigilando, pero no era así. Nadie le cortó el paso en ningún momento, ni siquiera cuando, tras divisar su Mercedes en el embarcadero, desembarcó a toda prisa y corrió hacia él. Las llaves estaban puestas. Kahans dio el encendido, y arrancó. No podía creer lo que estaba ocurriendo. Volvió la mirada cargada de odio hacia el yate, y dijo:

—Ya nos volveremos a encontrar vosotros y yo… ¡Ya nos encontraremos! Poco después, circulaba a toda velocidad por la carretera que bordeaba el lago. La distancia hasta Nyon no era mucha, pero había hablado demasiado, era mejor que Guberbraum supiera cuanto antes lo ocurrido. Lo mejor sería que lo llamase, que Guberbraum sacara de la villa lo más imprescindible y que, por el momento, ambos se esfumaran. Encontró una cabina de teléfono en la carretera, a la entrada de la localidad de Coppet.

Desde aquí, llamó por teléfono a su compinche Guberbraum.

* * *

Entró con el coche en la villa, y, en efecto, Guberbraum le estaba

esperando ante la puerta de la casa, con dos maletas. Se acercó, tiró las dos maletas al asiento de atrás, y masculló:

—¿No te han seguido?

—Claro que no.

—No hace falta —sonó dentro del coche la voz de la anciana, que Kahans ya conocía—… Como dije hace unos días, la Ciencia y la Técnica evitan muchas molestias.

—¿Qué es esto? —jadeó Guberbraum.

Era alto, gordo, sano, de ojos verdes, labios delgados, de línea insólitamente cruel.

Era un gozador de la vida… a costa de vidas ajenas.

—Vamos, no se sorprenda tanto, *Herr* Guberbraum. Sabíamos que Kahans iría a buscarlo con el Mercedes, eso es todo. Muy pronto nos ocuparemos Número Uno y yo de Krimen y de Piotor Debliakov. Ahora, les toca el tumo a ustedes, y les diré cómo: antes de que Uno y yo dejáramos escapar a Kahans, mis compañeros de la CIA convirtieron el coche de ustedes en una bomba, y me dejaron los mandos de detonación de la misma en un Renault 21 con el que hemos estado siguiendo a Kahans a distancia, guiados por el emisor de señales que, como esta pequeña radio por medio de la cual les hablo, también forma parte del equipo instalado en su Mercedes. Adiós, cadáveres.

En realidad, Kahans y Guberbraum fueron muy afortunados: ni siquiera se enteraron de que eran atrozmente descuartizados por la explosión del coche…, cuyo resplandor llegó hasta los dos ancianos instalados en el Renault proporcionado por la CIA, estacionado cerca de la villa en aquel momento.

—Mañana volveremos a Atenas —susurró Baby—… Todavía tengo que ver a todos mis Simones de allá y decir *CIAO* a alguien.

Este es el final

Estaban todos reunidos en el chalé. Los mismos hombres, el mismo chalé. Una calurosa noche griega. Los agentes de la CIA contemplaban no poco impresionados a Número Uno, que permanecía de pie junto al ventanal, como sintiendo mayor interés por la luna que por lo que sucediese allí dentro, Y no menos impresionados contemplaban a Brigitte Montfort, es decir, la agente Baby de la CIA, pero ahora con su verdadero aspecto físico: alta, joven, hermosísima, elegante, maravillosamente encantadora…, pero triste.

—En definitiva —murmuró—, todos ustedes han estado bien, nada les ha preocupado o perjudicado, durante estos días.

—Estamos todos bien —aseguró Simón-Atenas—, y nos alegra mucho que usted también lo esté. ¿Va a explicarnos lo ocurrido, todo el asunto?

—Tengo que escribir o grabar un informe para un viejo amigo de Roma, de modo que haré un duplicado para ustedes, Simón. Pero la verdad es que ahora no tengo ganas de hablar. No muchas, se lo aseguro. En realidad, sólo he venido a decirle adiós a un cadáver.

—¿A qué cadáver? ¿Al de Moore? —Simón-Atenas estaba atónito—. Ya está en Estados Unidos, naturalmente. Y enterrado.

—Sí, lo sé. Ese cadáver descansa en paz. Pero hay aquí otro cadáver que ojalá nunca descanse en paz. Un cadáver al que he venido a decirle *CIAO*, como él mismo escribió. Mejor dicho, él sólo escribió la O.

—Pero… ¿qué está diciendo?

—La muchacha libia, Naria Akhuba, no escribió en su brazo la palabra *CIAO*. Ella escribió la palabra CIA. El asesino lo vio cuando ya se disponía a marcharse, y entonces, a la palabra CIA añadió la letra O, formando *CIAO*. Así, conseguía sumirnos a todos en el gran desconcierto, nos complicaba las ideas, nos confundía

absolutamente. Claro que puede parecer que le habría sido menos complicado borrar la palabra CIA del brazo de Naria, pero eso no es tan fácil, y, además, se habría manchado de carmín la mano, o el pañuelo, y siempre habría quedado una señal más o menos visible en el brazo de la muchacha…, y él no tenía tiempo de hacer esto bien, tenía los segundos contados, porque sabía que la CIA iba a llegar, que la CIA estaba llegando… Había matado a la muchacha, había engañado, mutilado y asesinado a Nick Moore, del cual había conseguido el microfilme, que luego envió a los rusos, para los cuales trabaja; posteriormente, les advertiría que existía una copia de tal microfilme, y que nada menos que la agente Baby lo iba a llevar a París, viajando en helicóptero, en tren, en avión…, y dándoles mi ruta exacta. Todo esto hizo. Pero en aquel momento, cuando después de matar a Moore se disponía a marcharse, vio la palabra CIA en el brazo de Naria…, y ya no podía hacer otra cosa que añadir la O, en un instante de inspiración… Pero Naria no nos decía *CIAO*, sino que nos decía CIA. Nos decía que quien había estado allí y la había matado a ella y a Nick Moore era alguien de la CIA. Nos decía que le habían disparado, pero que, todavía viva, pudo oír al asesino conversando con Moore, y que ella, Naria, había comprendido que quien hablaba con Moore, quien la había matado a ella, quien apenas recibir de manos de Moore el microfilme le golpeó y lo maltrató, era de la CIA. La pregunta es: ¿quién, de la CIA, tuvo una razonable oportunidad de encontrarlo vivo?

El desconcierto había ido cediendo. Pareció que hubiera como un viento frío que estremeció a todos los presentes.

Todas las miradas se volvieron hacia Simón III, que estaba pálido como un cadáver. El joven agente americano se pasó la lengua por los labios, y aspiró profundamente. Ni siquiera hacía falta hablar: el único que podía haber hecho todo eso era él, que fue el primero en llegar, mientras que los demás, que llegaron en grupo, ya encontraron muerto a Moore.

—Luke —casi sollozó Simón-Atenas—… No, Luke… ¡Dime que no!

—Éste es un oficio muy duro —susurró Simón III—, y nunca se retira uno rico. Decidí que yo sí me retiraría rico, así que he estado trabajando para todos quienes han pagado bien mis servicios. Y debo decir que quien los ha pagado peor ha sido la CIA.

—Oh, Dios —gimió Simón-Atenas—... ¡Oh, Dios, Dios...! ¿Qué vamos a hacer ahora, qué... qué vamos a hacer contigo, muchacho...?

—Nadie hará nada conmigo —aseguró él.

Sacó rápidamente su pistola, y, en el preciso instante en que Número Uno se disponía a disparar contra él, metió dentro de su boca la de la pistola y apretó el gatillo.

—Adiós, cadáver —tembló la voz de la agente Baby.

FIN

Notas

[1] Hola, cadáver / Adiós, cadáver / ¿Qué tal, cadáver? < <